



## COSTUMBRES MORTUORIAS DE LOS INDIOS DE CHILE Y OTRAS PARTES DE AMERICA

POR

RICARDO E. LATCHAM

(Miembro correspondiente del Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland).

(Continuación)

---

En Colombia, Cieza de León nos advierte que los indios de Antioquía, Ancerma y Carrapa sepultaban sus muertos en bóvedas. Los quimbayas construían sepulturas bastante esmeradas, que se componían de una o más cámaras abovedadas, comunicadas por galerías, revestidas de bloques de piedra, o estucadas con greda, que después se decoraban con dibujos pintados o grabados. La entrada a estos mausoleos se hacía por medio de escalas o galerías inclinadas, o a veces verticales. Las sepulturas se llenaban de una tierra de color diferente a la en que estuviesen cavadas y se cubrían de un túmulo que variaba en tamaño, según la importancia del individuo enterrado. Las sepulturas se agrupaban, for-

mando cementerios y ubicadas en las faldas superiores de la cordillera. Se dividían en secciones, por categorías, enterrándose juntos todas las personas de la misma casta o rango social (1).

Ocasionalmente se han encontrado bóvedas sepulcrales en Centro América y México; pero no parece haber sido un tipo de supultura muy común en aquellas regiones.

Tampoco son muy comunes en Norte-América si exceptuamos algunas localidades de la región de los mounds, y las antiguas tumbas de los esquimales de la zona central de las costas del norte.

En Chile se encuentran en las provincias del Norte en la vecindad de Tacna y Arica, aún cuando muchas de ellas son primitivas y techadas simplemente con entretejidos de cañas.

El Dr. Dagnino dice: «Los sepulcros de los personajes no eran tan sencillos. Quedaban sobre el nivel del suelo, y los hacían de adobes y en forma cilíndrica de cinco a seis pies de diámetro, de doce a catorce de alto, con bóveda como un horno. Ahí se sentaba el cadáver y lo emparedaban» (2).

Esto confirma lo que dice Cieza de León, respecto de las sepulturas de los yungas, de las costas meridionales del Perú. «De manera que en mandar hacer las sepulturas magníficas y altas, y adornallas con sus losas y bóvedas, y meter con el difunto todo su haber y mujeres y servicio, mucha cantidad de comida, y no pocos cántaros de chicha o vino de lo que ellos usan, y sus armas y ornamentos, da a entender que ellos tenían conocimiento de la inmortalidad del ánima etc.» (3).

*Nichos.* Otra clase de sepultura frecuentemente empleada entre las antiguas naciones peruanas, era de colocar los

---

(1) South American Archaeology, ob. cit., p. 34.

(2) DAGNINO, VICENTE. El Corregimiento de Arica. Tacna 1909.

(3) Crónica del Perú. ob. cit. Cap. LXII.

muertos en nichos, excavados en las rocas, en las pirámides o en muros macizos edificados expresamente.

Cieza de León nos da las primeras noticias sobre este tipo de sepulcro. Hablando del bajo Perú dice:

«En muchos valles destos llanos, en saliendo del valle por las sierras de rocas y de arena, hay hechas grandes paredes y apartamientos, adonde cada linaje tiene su lugar establecido para enterrar sus difuntos, y para ello han hecho grandes huecos y concavidades cerradas con sus puertas, lo más primamente que ellos pueden.» (1).

Rivero y Tschudi citan la descripción dada por el señor Juan Crisóstomo Nieto de las maravillosas ruinas de Quelap. Habla de una enorme estructura de tierra, cercada por muros de piedra, cuya base tenía 3,600 pies de largo por 570 pies de ancho. El primer muro tenía una altura de 150 pies. Esta servía de plataforma para otra de la misma forma, pero de menores dimensiones; que también tenía 150 pies de altura de modo que la estructura total tendría una altura de cerca de cien metros.

En este edificio cuyos muros exteriores eran de piedra labrada, se encontraba «una multitud de habitaciones o cámaras, construídas de piedra cortada, de 18 pies por 15 pies; y en estas cámaras, como también en los muros exteriores se hallaron nichos, formados artificialmente de una vara o menos de largo por media vara de ancho, en los cuales se depositaban los huesos de los muertos. Algunos de estos son desnudos, otros envueltos en paños de algodón muy gruesos y algunas veces bastante toscos, todos con bordes multicolores. La única diferencia entre estos nichos y los de nuestros panteones, es su profundidad; porque en vez de dos o tres varas que nosotros los damos, para colocar el cadáver en posición tendida, ellos no empleaban sino dos o tres pies, porque los replegaban de manera que la punta de la barba descansaba

---

(1) Crónica del Perú. ob. cit. Cap. LXIII.

sobre las rodillas y las manos abrazaban las piernas y su postura en general se asemejaba a la de un feto de cuatro meses» (1).

En varias partes del antiguo territorio de Chimu se encuentran nichos en los gruesos muros de adobes que circundaban los templos y palacios. Weiner menciona uno de estos cementerios, que se utiliza actualmente para panteón del pueblo de Santiago de Cao, cerca de Trujillo, habiéndose ahondado los nichos que se encontraban en hileras en los gruesos muros de adobes (2).

Otros ejemplos de nichos han sido descubiertos en México y en Arica, pero sólo de una recurrencia esporádica y no como una forma de sepultura generalizada, y podemos decir que este tipo de sepulcro existía casi exclusivamente en las tierras de las costas del Perú.

*Sepultura en urnas.*—El empleo de urnas o tinajas de greda cocida para depositarios de restos humanos, ha sido bastante generalizado sobre una gran porción del continente, tanto en Norte como en Sud-América, desde la parte central de los Estados Unidos hasta el grado 35 latitud Sur. Ocasionalmente se ha encontrado fuera de este radio, pero sólo en casos aislados, a veces no bien establecidos.

Este método de disponer de los muertos que consistía en sepultar los restos, incinerados o no, en vasijas, con o sin tapa, o bien invertidas sobre los despojos, se practicaba por los indios de ciertos lugares, desde el Pacífico hasta el Atlántico, dentro de la zona indicada; pero en ninguna parte ha sido universal, o la única forma de sepultura, siempre se ha hallado acompañada de otros métodos, aun cuando en ciertas regiones como en una parte del Brasil y en el territorio Diaguita era bastante generalizado.

No sólo era costumbre precolombiana sino que persistió

---

(1) *Antigüedades Peruanas*. ob. cit. p. 273.

(2) *Perou et Bolivie*. ob. cit.

hasta la época histórica y entre algunas tribus como los tupis existe en algunas localidades hasta ahora.

No es éste el lugar para agitar la debatida cuestión de los orígenes de esta costumbre en Sud-América o de averiguar sí o nó se debe a influencias tupi-guaraníes; sólo daremos unos breves datos de las diferentes regiones donde se practicaba y las especialidades que presentaban algunas localidades.

En la hoya del Amazonas es casi universal la costumbre del entierro secundario en urnas; pero es muy raro encontrar que la sepultura primaria o provisoria sea de esta manera. Generalmente entierran los cadáveres en el suelo hasta que se descompone la carne, y los huesos después de limpiarlos bien, los entierran definitivamente en urnas de greda, tapadas de otras vasijas del mismo material. La costumbre de descarnar los huesos antes de darles sepultura definitiva es característica de los aruaacs, los caribes y de algunas tribus de los gés que han estado en constante contacto con estos últimos.

Más al sur encontramos las tribus a que los etnólogos han puesto el nombre genérico de tupi-guaraníes, que dicho sea de paso no es una agrupación étnicamente correcta, sino que refiere a aquellas naciones emparentadas por su idioma, pero que son de diferentes estirpes.

La mayor parte de estas tribus o naciones emplean o han empleado la costumbre de enterrar sus muertos en urnas, no en la forma secundaria que hemos notado entre los pueblos de más al norte, sino como entierro primario y único, colocando el cadáver en la urna antes de darle sepelio.

Sin embargo, no se puede decir que esta diferencia de entierros primarios y secundarios haya sido absoluta en las dos regiones, porque se conocen casos en que unos y otros han modificado el sistema cuando las circunstancias así lo exigían. Las tribus tupi-guaraníes descarnaban los huesos de los que morían o caían en batalla, lejos de sus hogares, para llevarlos con mayor facilidad al lugar ancestral donde debían enterrarlos.

Algunas tribus, como los cayuas, que antes enterraban sus muertos en urnas, ahora los sepultan directamente en el suelo.

Varias naciones del Chaco (de Bolivia y de Paraguay), también habían adoptado la costumbre de que hablamos; suponiéndose que ésta se debe a influencias tupi-guaraníes.

Otra zona donde se encontraba bastante generalizada esta clase de sepultura, era la región Diaguita-Calchaqui en el noroeste de la Argentina. Aquí se han encontrado entierros primarios y secundarios; pero sin embargo la sepultura en urnas era sólo uno de los estilos empleados para dar sepelio a los muertos, siendo mucho más común el entierro directamente en la tierra o en sepulturas abovedadas.

En Chile, en el Perú, el Ecuador y Colombia también se han encontrado restos humanos sepultados en urnas de greda, sin que esta costumbre haya sido muy común.

En la América Central y en México, usaban con frecuencia urnas mortuorias; pero generalmente con el objeto de conservar las cenizas de aquellos jefes cuyos cadáveres habían sido incinerados. En la parte Sur de los Estados Unidos se ha empleado el mismo procedimiento para entierros primarios y secundarios, como también para guardar los restos incinerados de los difuntos.

Otro empleo de la urna, que se ha encontrado esporádicamente tanto en el Norte como en Sudamérica, es el de colocar una vasija invertida sobre los restos enteros, o bien sobre la cabeza del muerto.

Cuando las urnas se empleaban para receptáculos para los restos humanos, casi siempre se las tapaban; a veces con una piedra, pero generalmente con otra vasija, grande o pequeña, según el caso.

Las urnas mortuorias, aún cuando eran, en la inmensa mayoría de casos, fabricadas de greda, no lo eran siempre y tenemos ejemplos, como en California, donde eran de piedra. Otras veces, cuando se trataba de la conservación de las

cenizas de individuos incinerados, estas se guardaban en urnas de metal, oro o plata de preferencia.

Urnas de esta clase se han hallado en el Perú, el Ecuador, Colombia y México; pero son excepcionales.

No siempre las urnas se fabricaban expresamente para usos funerarios. A menudo se valían de vasijas que habían servido para usos domésticos y es frecuente hallarlas tiznadas de hollín o humo; porque ántes se han utilizado como ollas de cocina.

Los tucunas, tribu de los indios juris de la región de las Amazonas, fabrican grandes tinajas de boca ancha para guardar sus licores fermentados. Estos jarros que a veces tienen capacidad de ochenta o más litros, son pintados exteriormente con listas cruzadas de varios colores. Cuando mueren los dueños de casa son frecuentemente sepultados en estos jarros, los que se entierran en el piso de las habitaciones (1).

Estos indios a diferencia de la mayor parte de sus vecinos no descarnaban los huesos de sus difuntos ántes de enterrarlos.

Los omaguas que habitan la confluencia de los ríos Putumayo y Marañón, entierran sus muertos de la misma manera, como también lo hacen sus vecinos los ticunas.

En una exploración del Igaropé, tributario izquierdo del Cumany se descubrieron dos cavernas, en las cuales se hallaron dieciocho vasijas de rica y variada cerámica indígena.

Estaban colocadas de dos en dos semejantes, pero los diferentes pares eran de diversas formas y tamaños. Estas tinajas en su totalidad encerraban huesos calcinados, que por su abundancia parecen haber sido de más de un individuo. Una de estas tinajas tenía forma de lebrillo o barreño, con pequeños agujeros en el fondo, otras tenían la forma de una bandeja, y eran ornamentadas en los cuatro ángulos y lados.

---

(1) BATES, HENRY W. *The Naturalist on the River Amazon*. Tomo II p. 194. London. 1863.

Una tercera tenía la forma de un sombrero colocado sobre un pequeño cilindro; otras de forma esférica sobremontadas de un cuello alargado y amplio. La mayor parte de ellas tenían la forma de olla panzuda y baja, con largo pescuezo ornamentado con un desproporcional rostro de indio. De la panza parten brazos y piernas, casi en miniatura. En un par de estas piezas se veían orejas agujereadas y senos, lo que hace presumir que contenían cenizas o restos de sexo femenino. Todas con excepción de las barrigudas, que estaban blanqueadas con una capa de resina de *Tutahycica*, estaban ornamentadas con pinturas de diversas formas y gustos (1).

El doctor Marcano dice que se encontraron urnas mortuorias en la caverna de Cucurital, en la región del Orinoco (2). Estos entierros eran secundarios.

En la caverna de Babilonia descubierta en 1875 sobre las márgenes del Río Doce, Minas Geraes, en Brasil, se encontraron igualmente urnas mortuorias con restos de niños, fajados en hojas de *Vriesea*. Los adultos hallados en la misma caverna estaban envueltos en sus redes (3).

Las urnas más hermosas son las halladas en las islas a la boca del Amazonas, especialmente en las de Marajo, Pacoval y Pará, como también en el río Maraca. Aquí se hallan urnas en forma de hombres y animales. Otras tienen facciones humanas pintadas en el cuello. Algunas más modernas tienen forma cilíndrica. En Pará las han hallado con facciones humanas en relieve; en Atures con asas en forma de serpientes y lagartos.

Urnas mortuorias de diversas clases se han descubierto en varios parajes de la hoya del Orinoco y otras partes de Venezuela, pero en todas estas regiones la costumbre de sepul-

---

(1) GOELDI, E. A. Memoria do Museu de Historia Natural e Ethnologia da Para. 1900.

(2) Ethnographie precolombienne du Venezuela. ob. cit.

(3) LACERDA PEYXOTO. Contribuções etc. ob. cit. p. 54.



tura en urnas es sólo ocasional y es más frecuente encontrar otras clases de entierro.

En Brasil un gran número de tribus, principalmente de la familia tupi-guaraní conservaban sus muertos en grandes vasijas que enterraban en la choza donde había habitado el difunto.

Más al sur en ambas orillas del Paraná, en Misiones y en Paraguay se encontraba la misma costumbre; aún entre naciones de diferente estirpe.

Al padre Sánchez Labrador, tan minucioso en su estudio de los mbayas, no se le escapó esta costumbre y nos da una breve descripción que merece reproducirse: «Al enfermo, cuando quería agonizar, le metían en una tinaja de boca ancha; tapábanlo con un plato a modo de cobertera y así le enterraban dos veces, una antes de morir en la tinaja, y otra con la tinaja en tierra» (1).

Advierte al mismo tiempo que en 1766 esta costumbre había caído en desuso.

Las tribus de origen guaraní que habitan el Chaco boliviano, los guarayos y chiriguano, conservan las mismas costumbres que sus congéneres de Paraguay y Brasil y continúan sepultando sus muertos en urnas.

El doctor Chervin, citando a Thouar dice que «la viuda rompe por el medio una gran tinaja de barro, llamada *yambui*, que servía para preparar la chicha. Se colocaba la parte inferior en la fosa (caverna en medio de la cabaña), se metió al difunto en ella y lo cubre con la parte superior del jarro» (2).

Nordenskiöld en sus exploraciones arqueológicas del Noroeste de Bolivia halló numerosos entierros en urnas entre las tribus de aquella región, así en la provincia de Sara, al

---

(1) El Paraguay Católico. ob. cit. Tomo I. p. 62.

(2) Anthropologie Bolivienne. Tomo I. p. 99. ob. cit. cita a THOUAR A. Explorations dans l'Amérique du Sud. Paris 1891. p. 52.

norte de Santa Cruz de la Sierra, las halló en sepulturas en dos puntos del Río Palacios; en Mojos encontró numerosas urnas pintadas que habían servido de sepulcros, la mayor parte de las cuales se encontraron en túmulos o mounds. En uno de ellos que llama Mound Hermnarek halló 43 urnas. Cree que pueden ser indicios de influencias guaraníes.

Además, hace las siguientes citas de otros pueblos. En la península de Gojiro una sepultura en urnas fué hallada por Candelier, en Río Branco en Brasil por Martino, en Urucú y Corayurú por el mismo explorador, en el Río Ucayalí por Grandidier. Figueroa describe la sepultura secundaria de huesos descarnados, como practicada en su tiempo en Mainas, entre los Xeberos, Cocamas, Cocamillas, etc. Una vez limpiados los huesos «los meten en una tinaja mediana, angosta y larga, pintada y formando en ella un mascarón del mismo barro.

Bien tapada la boca de la tinaja, tienen así los huesos en sus casas, donde varias veces he visto hileras destas sepulchros; en ellos los llevan de unas partes a otras, guardándolos hasta tanto tiempo que parece es un año; entonces entierran las tinajas con su ossamenta para olvidar a sus difuntos». (Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Magnas. Colección de libros y documentos referentes a la Historia de América. Tomo I. Madrid 1904) (1).

Sobre el entierro en urnas en la región noroeste argentino hay un cúmulo tan grande de datos, que sería imposible consignarlos todos aquí. Basta decir que la mayor parte de las vasijas contenían sólo restos de niños de tierna edad; pero que en algunas partes también se han encontrado restos de adultos sepultados de la misma manera; especialmente en el Valle de Lerma y en Pampa Grande.

---

(1) NORDENSKIÖLD, ERLAND. Urnengräber und Mounds im Bolivianischen Flachlande. Baesseler Archiv für Völkerkunde. Tomo III. Entrega 5. Leipzig. 1913.

Para mayores datos sobre estas sepulturas, referimos a nuestros lectores, a la rica literatura arqueológica argentina, donde en las obras de Moreno, Quiroga, Ambrosetti, Torres, Debenedetti, Lafone Quevedo, Outes, Lehmann-Nitsche, Bruch y otros (1) hallarán un enorme acopio de datos al respecto; como también al primer tomo de la obra de Bomán donde está resumida la cuestión.

Diremos aquí, sin embargo, que aun cuando estamos de acuerdo con las conclusiones de este último autor, en cuanto a la evidencia de las influencias guaraníes en los valles de Lerma y San Francisco, no lo estamos respecto de las sepulturas de muchas otras partes de la región diaguita. Nos parece indudable que la introducción de la costumbre de sepultura en urnas en los valles nombrados y otros circunvecinos son de época relativamente moderna y se debe tal vez a la misma corriente migratoria que llevó a los chiriguanos y otras tribus guaranizadas al Chaco de Bolivia. La misma observación no se puede hacer respecto de numerosos otros hallazgos de la región diaguito-calchaquí, donde se han encontrado urnas de épocas muy anteriores y de formas y decoración que nada tienen en común con las similares guaraníes.

Tampoco estamos de acuerdo con aquellos autores que quieren hacer depender esta costumbre, dondequiera que se encuentre en el continente, de un solo origen. No vemos la necesidad de buscar siempre orígenes comunes para todas las costumbres, por extrañas que nos parezcan, que encontramos esparcidas por muchas zonas diferentes y aun en distintos continentes.

Muchas veces la existencia de costumbres o artefactos similares entre pueblos diversos, se debe indudablemente a contactos o a la expansión de influencias culturales, pero no

---

(1) La nómina de las más importantes de estas publicaciones se hallará en la bibliografía al final de este ensayo.

es la única manera de explicar estos fenómenos, ni siempre la manera más lógica.

Sin embargo presenta una tentación al investigador, que con frecuencia le hace incurrir en errores y causa confusión de ideas y de consideraciones.

Desgraciadamente ha sido una cuerda demasiado tocada, y estas influencias, asumidas muchas veces *a priori*, sin verdaderos fundamentos, dan lugar a teorías que copiadas de un autor a otro difunden impresiones que a menudo no tienen más base que la imaginación.

Cuando hablemos de influencias culturales impartidas por un pueblo a otro por medios directos o indirectos, debemos examinar bien las premisas, y no dejarnos llevar por la semejanza de una costumbre aislada, que puede o no haberse adquirido de afuera. Si existen otros indicios colaterales, se aumentan las probabilidades; pero aun entonces, no siempre es segura tal deducción.

Si comparamos las culturas respectivas de los indios pueblos de Arizona, Nuevo México, y la región diaguito-calchaquí; nos asombran los numerosos puntos en que se asemejan; en artefactos, en estilo artístico, en sus construcciones, costumbres, etc. Pero, ¿quién se atreverá a decir que estas semejanzas por no decir identidad; se derivan de un contacto más o menos lejano, o de influencias entre unos y otros pueblos? Sólo se puede deducir que en semejantes condiciones, existe la tendencia en el hombre de desarrollarse mentalmente de una manera parecida, adaptándose instintivamente a las necesidades impuestas por tales condiciones.

La costumbre de enterrar en urnas, la encontramos demasiado repartida, entre naciones de tantas diferentes estirpes e indoles, para creer que se ha originado sólo en un punto y extendido después a todo los demás.

Es preciso tomar en cuenta que el camino del desarrollo cultural es más o menos igual en todas partes.

Las necesidades de los pueblos son parecidas. Así notamos que con la introducción de la alfarería uno de los usos prin-

cipales de las vasijas fabricadas era de servir de depósitos para guardar las semillas, bayas, frutas y otros objetos que formaban la provisión de alimentos recogidos por sus dueños.

¿Qué más natural entonces, que, cuando el desarrollo de sus ideas sobre la necesidad de guardar los restos de sus muertos hacía preciso buscar algún receptáculo apropiado para este objeto, recurriesen a sus vasijas que ya le prestaban tan importantes servicios?

Más aún sería esto en el caso de las mujeres, tomando en cuenta que entre la mayor parte de las tribus la propiedad del difunto no podría volverse a usar.

Encontramos esta explicación mucho más razonable que la de buscar contactos forzados que en muchos casos no podrían establecerse. Explica también las diferencias que encontramos entre el tipo de vasija usado, el modo de emplearla, etc, puesto que con frecuencia no sería más que el remplazo de una forma de envoltura anterior.

Opina el Sr. Bomán que si exceptuamos la región diaguita y algunos casos aislados en la Puna de Jujuy, esta manera de sepultura fué prácticamente desconocida en la región ando peruviana. Si refiere aquí solamente a la zona primitiva de los incas, antes de la extensión de su imperio, es indudable que tiene razón; pero si incluye en esta zona la mayor extensión de dicho imperio hallamos numerosas excepciones; algunas de las cuales, en justicia debemos declarar, se deben a descubrimientos posteriores a la publicación de su obra. Estas se aumentan si tomamos la región andina en general, y dejan establecido el hecho de que esta costumbre era más repartida de lo que se ha pensado. También es preciso tomar en cuenta que, con excepción de unos pocos puntos en la costa del Perú, no se han hecho excavaciones sistemáticas en gran escala como en la región Argentina y es probable que habrán todavía muchos nuevos descubrimientos. Por ejemplo; hasta hace muy pocos años no se conocía en Chile otro caso de sepultura en urna que el mencionado por Medina,

de Patagüilla cerca de Curicó (1). Ahora, sin embargo, se sabe que este no era un caso completamente aislado y que se han encontrado en otros puntos. El Dr. Oyarzún encontró sepulturas en urnas cerca del puerto de San Antonio. Dice: «En unos seis esqueletos que exhumamos vi que todos ellos estaban dentro de ollas de greda de unos sesenta centímetros de alto.

Estas ollas estaban todas ellas quebradas, de tal manera que sólo pudimos recoger fragmentos, sin poder reconstituir ni una sola. Su composición era muy ordinaria y no presentaban dibujos de ninguna clase. Los cadáveres estaban en cuclillas, las rodillas alcanzaban al mentón, y los miembros superiores doblados tenían las manos al nivel de los hombros. Dentro de las mismas ollas o urnas se encontraban, acompañando el cadáver, uno, dos y hasta tres cantaritos de greda cocida ordinaria y sin dibujos.

En una urna pequeña, pero totalmente destruídas encontramos los restos apenas aparentes de un niño muy chico o guagua» (2).

Guevara nos avisa que él ha examinado urnas usadas para sepulturas en las provincias de Malleco y Cautín en pleno territorio araucano. Dice: «los trabajos agrícolas practicados en faldas y alturas, han sacado a la superficie del suelo grandes ollas de arcilla o tinajas anchas en su base y progresivamente angostas hacia arriba, con una tapa superpuesta. Contienen estas vasijas algunos restos del cuerpo, que indican sin lugar a duda que el cadáver entero o destrozado, o bien los huesos han sido colocados antes de la cocción dentro de esta urna primitiva» (3).

Naturalmente aquí se trata de entierros secundarios.

---

(1) MEDINA, JOSÉ TORIBIO. Los Aborígenes de Chile. Santiago 1884.

(2) OYARZUN, DR. AURELIO. Los Kjoekkenmoeddinger, o conchales de las costas de Melipilla y Casablanca, p. 14. Santiago 1910.

(3) GUEVARA, TOMÁS. Psicología del pueblo araucano, p. 275. Santiago 1908.

En un trabajo anterior el autor trató del mismo punto y agrega que hay indios que conocen por tradición este hecho (1).

Hemos examinado personalmente tres urnas mortuorias que contenían restos humanos halladas todas en la región subandina, de las provincias de Coquimbo y Atacama. Son estas de tipo del todo semejante a las halladas en la región diaguita, y este hecho junto con el hallazgo de muchos otros artefactos que indican muy claramente las mismas influencias nos hace creer que el pueblo diaguita habitaba ambos lados de la cordillera. Hace algunos años hicimos una observación al efecto (2) y desde entonces hemos tenido la satisfacción de ver confirmada de otras fuentes nuestra opinión.

En la cordillera de San Juan, al atenerse a lo que dice Ameghino, también se han encontrado urnas funerarias. Dice: Los esqueletos estaban colocados en grandes vasijas de barro. El espesor de estas urnas funerarias es de cerca de dos pulgadas y su alto no excede de 86 centímetros. El esqueleto se encuentra en el interior ocupando poco más o menos la misma posición que el feto en el vientre de la madre, es decir las rodillas contra la cara, los talones al nivel de la parte inferior del tronco y los brazos cruzados sobre las tibias en su tercio superior. Generalmente tienen en la boca una pequeña punta de flecha triangular muy bien trabajada.

En el fondo de la urna se encuentran pequeños vasos de barro que probablemente habían contenido en otro tiempo el alimento destinado al viaje del difunto.

Las urnas terminan en la parte exterior de su fondo en una superficie plana o especie de pie que les permite mantenerse derechas y sólo están enterradas hasta la boca. La tapa está

---

(1) GUEVARA, TOMÁS. Historia de la civilización de Araucanía, 3 tomos. Tomo I, p. 264. Santiago 1898.

(2) LATCHAM, R. E. Los elementos indígenas de la raza chilena. Santiago 1912.

hecha de paja muy bien tejida sobre lo que hay tan solo una pequeña piedra» (1).

De modo que entre los huarpes de San Juan se encontró establecida esta misma manera de sepultar a los muertos en urnas, que se practicaba más al norte entre los diagüitas.

Aguiar confirma la costumbre entre los huarpes, pero refiere únicamente al sepelio en esta forma de niños chicos. «Si era un tierno vástago el que emprendía el *eterno viaje*, siempre la ternura de la madre encontraba algo más íntimo y más blando: colocaba el cuerpecito adentro de canastos tejidos con mimbres teñidos con bellos colores, quizá con inscripciones o epitafios tocantes y conmovedores, o *también en jarrones de barro cocido* igualmente decorados, arte en la que eran maestros irreprochables, de gusto variado y caprichoso.

El señor Ambrosetti ha hecho dibujar con el joven Holmberg varias de las piezas que conservo de esta naturaleza y que le merecieron atención por sus dibujos y estructura» (2).

Más al norte, en la vecindad de Tacna vimos dos urnas de greda que nos aseguraron se habían sacado de un túmulo encontrado pocos kilómetros al oeste de la ciudad. Según nuestros informantes ambas urnas, que tenían la forma de ollas de fabricación tosca, habían contenido huesos de niños. No hemos podido certificar el hecho; pero es significativo que en esa misma vecindad, Canales halló un cementerio de niños de poca edad, a que puso el nombre de *Cementerio de guaguas* (3); como hemos relatado más adelante.

En el Perú, fuera de las pocas citas hechas por Bomán quedan otras, que no le eran conocidas, algunas de las cuales son posteriores a la publicación de su obra. Dice que Reiss y Stubel no encontraron urnas funerarias en las excavaciones efectuadas por ellos en Ancón. Sin embargo, Uhle halló se-

---

(1) Antigüedad del hombre en el Plata. ob. cit. p. 515.

(2) Los Huarpes. ob. cit. pp. 291-292.

(3) Los Cementerios Indígenas en la Costa del Pacífico. ob. cit. páginas 279-280.



pulturas en urnas en la misma localidad. Estas sepulturas pertenecían a los últimos períodos culturales.

Dice al efecto: «Los muertos se enterraban simplemente en sepulcros, con ofrendas; a menudo en grandes vasijas de greda, o cubiertos con grandes fragmentos de ellas, sepulturas abovedadas de familia con acceso a un lado se encontraban ocasionalmente» (1).

Berthon en sus estudios sobre sus excavaciones en el bajo Perú describe el hallazgo de urnas en los antiguos cementerios de Ancón. Dice que la excavación número 4, perteneciente al último período preincaico de Chancay, dió como resultado el hallazgo de una momia colocada en una gran urna, cubierta por un fragmento de otra de mayor tamaño. Agrega que en la vecindad de Lima se encuentran de vez en cuando grandes urnas que contienen restos de cadáveres. Cita además lo que dice Bastián respecto de la misma clase de sepultura en Cañete (2).

Gomara relata como los incas «muchas veces sacrifican sus propios hijos; que pocos indios lo hacen, por mas crueles y bestiales que sean todos ellos en su religión; mas no los comen, sino secándolos y guardándolos en grandes tinajones de plata».

El mismo cronista nos cuenta que en las provincias que ahora forman el sur del Perú se sepultaban los reyes, y magnates en urnas de oro y plata.

Pasando al Ecuador se ha encontrado la costumbre de sepultar en urnas en las provincias del norte, como tambien entre los antiguos puruas quienes, según reza, sacrificaban sus hijos mayores, conservando sus cuerpos en urnas de greda, piedra o metal. (3)

(1) South American Archaeology. ob. cit. p. 65. 66.

(2) UHLE, PROF. MAX. Die Muschelhügel von Ancon, Perú. XVIII Congreso Internacional de Americanistas. London 1912.

(3) BERTHON CAPT PAUL. Etude sur le Precolombien du Bas Perou. Nouvelles Archives des Missions scientifiques et litteraires, publiés sous les

Los Quimbayos de Colombia frecuentemente usaban urnas de greda para sepultar las cenizas de los muertos, reemplazándolas en el caso de notabilidades por otras de oro o plata. Esta costumbre era mucho más generalizada en Venezuela. En la vecindad de Tacarigua (Lago Valencia) se encontró un túmulo, del cual se sacó un número considerable de urnas que contenían huesos humanos.

Otros túmulos semejantes se han encontrado en los alrededores, y numerosas urnas se han sacado de simples fosas. En estas urnas se han hallado los restos de hasta ocho personas y parece que eran solo sepulturas secundarias de los huesos descarnados (1).

Los caribes de las Antillas a veces usaban el mismo sistema de sepelio. Tom Thuron lo observó en la pequeña isla de Ballineux, los indios de Jamaica colocaban sus muertos sentados en las cavernas y los enterraban en vasijas de greda. En Jamaica los negros buscaban estas ollas o urnas y las usaban en sus faenas domésticas (2).

Gann dice que huesos humanos parcialmente calcinados se encuentran a veces en urnas de greda, en el norte de Honduras (3). Esta costumbre era frecuente por toda la región Maya, en el caso de individuos de alto rango; pero parece que la práctica de cremación sólo se introdujo después de la infiltración de influencias aztecas y se han encontrado restos que no han sido incinerados, en urnas y fuentes de greda, en el territorio de los quiches y de los kakchiquels.

Entre los otomies, los chichemecas y más tarde entre los

---

auspices du Ministère de l'Instruction Publique et des Beaux-arts. Nouvelle serie, fascicule 4, Paris 1911.

(1) South American Archaeology. ob. cit. p. 46.

(2) The Aborigenes of Porto Rico. ob. cit. p. 71.

(3) GANN, T. W. The ancient monuments of Northern Honduras and the adjacent parts of Yucatan and Guatemala, the former civilizations in these parts and the chief characteristics of the races now inhabiting them, with an account of a visit to the Rio Grande ruins. London 1905.

aztecas se encontró establecida la costumbre de incinerar los muertos, cuyas cenizas fueron guardadas o sepultadas en urnas de piedra o de greda y ocasionalmente de metal. Parece que los toltecas no practicaban esta costumbre.

En los Estados Unidos, especialmente en la parte sur se encuentra muy diseminado el sistema de sepultura en urnas, tanto para los restos incinerados como para los que no lo eran (1) Sepulturas de la primera clase se han encontrado en Arizona, en Michigan, y en Georgia; y de la segunda en California, Tennessee, Alabama, Georgia, Florida, Utah, y South Carolina. En algunos estados como en Georgia, California, Arizona, Alabama y Florida, los cadáveres, o los huesos se colocaban en el suelo y se cubrían de una vasija de greda; empleándose a veces en su lugar un canasto.

En tiempos pasados los pimas acostumbraban incinerar los muertos y sepultaban las cenizas en urnas; en la actualidad, inhuman los cadáveres (2)

Encontramos entonces que entre muchas tribus de las dos Américas, la primera forma de entierro en receptáculos o ataúdes ha sido el aprovechamiento o empleo de vasijas de barro, reemplazado por muchas, especialmente después de la introducción de herramientas de hierro, por cajones de madera de diferentes formas.

*Entierros secundarios.*—Muchos de los sistemas de inhumación se han practicado, no inmediatamente después de ocurrida la muerte, sino cuando hubiera pasado un considerable lapso de tiempo, que varía según el caso, de pocas semanas a muchos años. Entretanto se ha empleado otra manera de disponer del cadáver, por inhumación provisoria, exposición en ramadas o catafalcos, el descarne artificial de los huesos, la lenta o rápida disección del cuerpo etc. Sin

---

(1) MOORE CLARENCE B. Aboriginal Urn Burial in the United States, *American Anthropologist* Vol. VI. N.º 5. 1904.

(2) FEWKES, JESSE W. Casa grande, Arizona. p. 109. XXVIII Annual Report of the Bureau of Ethnology. Washington 1912.

embargo en casi todos estos casos el último destino del cuerpo o de sus restos ha sido la sepultura. La sepultación en estas condiciones, cuando no ha sido la única disposición del cadáver, se llama entierro secundario.

Como hemos visto en las páginas anteriores, son numerosas las tribus, en toda la América, que, valiéndose de diversos métodos de preparar los cadáveres o restos de ellos, emplean primero una disposición, para luego darles un entierro final.

Entre muchos pueblos era considerado necesario disponer de los huesos del difunto, de diferente manera que la empleada para la disposición del cadáver y recurrían a los más diversos métodos de despojarlos de la carne que los cubría.

Es probable que era esta la costumbre referida por Gomara como existente entre los chicoranos cuando dice: «Otro dice de sus fiestas desentierran los huesos de un rey o sacerdote que tuvo gran reputación, y súbenlos a un cada-halso que hacen en el campo; llóranlo las mujeres solamente andando a la redonda, y ofrecen lo que pueden. Tornan luego al otro día aquellos huesos a la sepultura, y ora un sacerdote en alabanza de cuyos son» (1).

Hablando Cieza de León de los indios de Ancermo dice: «Cuando los señores se mueren, en una parte desta provincia que se llama Tauya, tomando el cuerpo, se ponen una hamaca y a todas partes ponen fuego grande, haciendo unos hoyos, en los cuales cae la sanguaza y gordura que se derriete con el calor. Después que ya está el cuerpo medio quemado, vienen los parientes y hacen grandes lloros, y acabados, beben su vino y rezan sus salmos o bendiciones dedicadas a sus dioses, a su uso y como lo aprendieron de sus mayores; lo cual hecho, ponen el cuerpo envuelto en mucha cantidad de mantas, en un ataud y sin enterrarlo lo tienen

---

(1) Historia de las Indias. ob. cit. p. 180.

allí algunos años, y después de estar bien seco, los ponen en las sepulturas que hacen dentro en sus casas» (1).

En varias partes los indios hacían grandes fiestas periódicas, durante las cuales recogían los restos de todos los que habían muerto en el intervalo, para enterrarlos definitivamente en los osarios comunales de la tribu.

Los galibis y palicurs, además de las naciones mencionadas en otra parte, tenían esta costumbre, porque creían que todo individuo debía sepultarse en la aldea o lugar de su nacimiento. Cuando moría una persona lejos de su tierra natal, le daban sepultura provisoria en el lugar donde acaecía la muerte; pero aprovechaban la primera oportunidad de llevar los restos a su pueblo de origen, donde les daban sepelio definitivo (2).

Los mbayas también usaban entierros secundarios en ciertas circunstancias. El padre Sánchez Labrador nos dice que: «A los que mueren en tiempo de epidemias, como sucedió en la de las viruelas, entierran cerca de donde mueren. Hacen un pequeño hoyo en que meten el cadáver, cubriéndole con una estera y algunas ramas, para que los tigres no los desentierren. Al cabo de algún tiempo, cuando juzgan suficiente para que, podrida y consumida la carne quedan los huesos, salen los parientes a recogerlos. Llévanlos al común carnero o enterramiento y después unidos en los toldos hacen el duelo. Si no hallan algún cadáver porque el tigre se lo llevó al bosque, lo toman por mal agüero, y es inconsolable su sentimiento» (3).

En su estudio sobre los mounds del Norte de los Estados Unidos, Thomas dice, que algunos de ellos parecen haberse construído exclusivamente para cubrir una masa confusa

---

(1) Crónica del Perú, ob. cit. Cap. XVI.

(2) FAUQUE PADRE. Lettres édificantes et curieuses écrites des missions étrangère, par quelques missionnaires de la Compagnie de Jesus; XXIII recueil, p. 364 y sig. Paris 1738.

(3) *El Paraguay Católico*. ob. cit. Tomo II. p. 47.

de huesos humanos, recogidos después de su descarnadura (1).

La misma observación se ha hecho por otros observadores en diferentes partes del territorio.

Algunas tribus del norte del Canadá, si muere un individuo de la agrupación durante los meses del invierno, cuando las heladas endurecen tanto el suelo que no pueden cavar sepulturas; suspenden los cadáveres a las ramas de un árbol y esperan la llegada de la primavera antes de hacer el entierro.

Las sepulturas en urnas encontradas en Chile, todas parecen haber sido entierros secundarios, porque en ninguno de los casos de que tenemos conocimiento, era la urna empleada de tamaño suficiente de haber servido para contener un cadáver entero.

A veces los entierros secundarios eran aislados, es decir que los restos de cada individuo recibía sepultura aparte; pero con frecuencia eran comunales, en los cuales se hacía un hacinamiento de los restos de todos los muertos de la tribu en un osario común o ancestral.

Es curioso notar la diferencia que existe entre las diversas tribus, respecto de la proximidad de las sepulturas a las habitaciones. Algunas procuran alejarlas lo más posible; otras entierran los muertos dentro de las casas.

El temor de las ánimas es tan grande en algunos casos que los sobrevivientes queman la casa en que ha ocurrido la muerte y mudan sus habitaciones a otra localidad; en otros parece no existir y los deudos guardan los restos en sus habitaciones y los llevan consigo cuando mudan de residencia.

Parece que el motivo de esto hay que buscarlo en sus ideas respecto de la vida futura y la ubicación que dan a la tierra de los muertos.

---

(1) Burial Mounds of the Northern Sections of the United States. ob. cit. p. 16.

Muchos pueblos creen que las ánimas no abandonan la tierra y que siguen frecuentando la localidad en que han encontrado su muerte. Cuando no se les tiene miedo y simplemente guardan cariñosos recuerdos de ellas, se procura tenerlas gratas, suministrando a sus supuestas necesidades y aún celebrando sus fiestas en la vecindad de las sepulturas, que con frecuencia se hacen dentro de las mismas habitaciones. Así pueden estar siempre presentes y participar en todas las alegrías y pesares de la familia.

Pero cuando por otra parte, el temor de las ánimas sobrepuje los sentimientos de cariño y de reverencia, los deudos huyen de toda proximidad al lugar donde pueden merodear los espíritus y abandonan la localidad por mucho tiempo.

Otras tribus, aún cuando su temor de los espíritus no es menor, no huyen del sitio en que ha ocurrido una muerte, porque creen que después de un tiempo limitado, el ánima se aleja para ir a la tierra de los muertos, que imaginan ubicado en un lugar lejano, allende las nubes, en las estrellas, dentro de la tierra o al otro lado del mar o de las montañas. Convencidos de este alejamiento de las ánimas, no sienten el mismo temor o repugnancia a la proximidad del cadáver o sus restos, que ya consideran inofensivos y aún los consienten dentro de sus propias habitaciones.

Hemos visto que los esquimales y varias tribus de Norte América, creían que el ánima principiaba su viaje al otro mundo al cuarto o quinto día y que durante ese tiempo merodiaba al rededor del cadáver. Otros creían que no se iba mientras no se daba sepultura al cadáver; y algunas tribus de sioux y dacotas imaginaban que no se podría alejarse el espíritu, entre tanto no se enterraban el cedejo de cabellos, cortado al moribundo por los deudos.

Consecuente con estas ideas, era el afán demostrado por algunas tribus, de buscar los cadáveres de los muertos en la guerra y darles sepultura, permitiendo así a las ánimas partir para su nueva morada. Mientras yacían sin sepultar los espíritus vagaban en el espacio sin descanso. De aquí se

originaban los ritos para el descanso de las almas, que aún sobreviven en las oraciones y rituales de las religiones modernas.

Enterraban los enemigos muertos con la misma escrupulosidad, cuando caían estos en la vecindad de sus reducciones, porque temían que las ánimas vagabundas aprovecharían la primera oportunidad de posesionarse de algún cuerpo ajeno cuyo dueño se descuidase o encontrase ausente en sueños, etc.

---





## CREMACIÓN

Motivos para incinerar los muertos.—Cremación parcial.—Cremación de determinadas castas.—Venezuela, México, Cumaná, Popayán, Santander.—Los guaraicus, los mayas y los mexicanos.—La región de los mounds.—Cibola.—Los indios pueblos.—California.—Missouri.—Opinión de Cyrus Thomas.—Los algonquines.—Los takullis.—Los tlingits.—Los kutchines.—Los fueguinos.—No se practicaba la cremación en Chile.

Menos generalizada que la inhumación del cadáver, sin embargo, la costumbre de incinerar el cuerpo entero o parcialmente, encontró adeptos entre muchas tribus del continente.

No hablaremos aquí de aquellas que desecaban el cuerpo a fuego para conservarlo en estado momificado, sino sólo de las que quemaban el cadáver y lo reducían a cenizas o restos carbonizados.

La cremación o incineración de los cadáveres ha obedecido a dos razones primordiales y ha persistido a veces mucho después de que los sentimientos que dieron nacimiento a la costumbre se hayan modificado o desaparecido.

La primera de estas razones está relacionada con las ideas animísticas. Creían algunas gentes que mientras existía el

cuerpo o los huesos, el ánima no abandonaba el lugar donde estaba depositado, y frecuentemente lo utilizaba como morada.

Cuando cundió el temor a las ánimas y se principió a valerse de todos los medios para alejarlas, se discurrió que no habiendo cuerpo o cadáver en donde guarecerse, el ánima tendría que buscar otro paradero, o en algunos casos andaría vagando por el espacio; pero de todos modos los vivos se verían libres de ella. Para conseguir este fin apetecido, se les ocurrió que la manera más rápida de destruir el cadáver era quemarlo.

Otro motivo fué el impedir la profanación de los restos por extraños o por animales salvajes. Las tribus nómadas, guerreras o cazadoras, que estaban casi siempre en movimiento, raras veces encontraban la muerte tranquila en sus hogares. La mayor parte de sus miembros; al menos en cuanto a los hombres; morían en la guerra o en los accidentes de su vida aventurera, a menudo lejos de la agrupación a que pertenecían. Para evitar el abandono en tierra enemiga, o para precaverse contra la posible profanación, algunas tribus quemaban el cadáver, dando sepultura sólo a las cenizas, las que con frecuencia llevaban a sus habitaciones para darles sepultura entre los suyos.

Algunos pueblos sólo quemaban partes determinadas del cadáver y disponían de otra manera de los demás restos. Esto sucedía casi siempre en el caso de personas sacrificadas, cuando el ritual exigía que se ofreciera al dios o demonio el corazón o las entrañas de la víctima. Esta clase de incineración parcial se practicaba con frecuencia en el Perú, México y la región de los mounds en los Estados Unidos.

Con todo, aún en aquellas partes donde se practicaba la cremación, esta no era costumbre muy generalizada, reservándose especialmente para ciertas categorías de personas o para casos determinados. Raras veces se encuentran pueblos que incineraban los restos de todos sus muertos; sino que la mayor parte de los difuntos se sepultan. Así, Gomara nos

cuenta que los indios del Río de las Palmas enterraban todos, menos los médicos «que por honra los queman, y entre tanto que arden, bailan y cantan» (1). En Venezuela incineraban a los señores moliendo los huesos carbonizados y bebiéndolos en sus brebajes (2), costumbre observada por Raleigh en Guayana y practicada también por los cocomas, jimanas y otras tribus del Amazonas. En México, a tiempo de los conquistadores la cremación se reservaba para los reyes, los jefes militares y aquellos guerreros que se habían distinguido en las batallas, pero entre los otomis y algunas otras tribus de los chichimecas era más generalizada la costumbre. Los cumaneses enterraban primero los cadáveres de sus caciques; pero, «al cabo de un año, y en anocheciendo, desenterraban el muerto con muy gran llanto. Queman los huesos, y dan la cabeza a la más noble o legítima mujer, que la guarde por reliquias en memoria de su marido» (3).

Cieza de León dice que a veces los indios de Popayan incineraban los restos de sus caciques o señores (4).

En otras partes de Colombia sobre todo entre los quimbayas se quemaban los cadáveres de las personas de importancia y depositaban las cenizas en urnas de oro o de greda.

En el norte de Santander abundan las grutas llenas de osamentas: en ellas se encuentran en gran número, vasijas de barro, colmadas de cenizas (5).

Spix und Martins dicen que los guaraníes del Amazonas todavía queman sus muertos y sepultan las cenizas en sus chozas (6).

Los mayas también practicaban la cremación, al menos para los individuos de importancia y guardaban las cenizas

---

(1) Historia de las Indias. ob. cit. p. 182.

(2) Historia de las Indias. ob. cit. p. 203.

(3) Historia de las Indias. ob. cit. p. 209.

(4) Crónica del Perú, ob. cit. cap. XXXII.

(5) Vergara y Velasco. ob. cit. Notas de Geographie de Colombie.

(6) Reise etc. ob. cit. Tomo III. p. 1190.

en urnas o en las cavidades de grandes figuras esculpidas en madera, hechas en representación del difunto. En el caso de los sacerdotes las figuras se fabricaban de greda. Entre los kakchiquels las cenizas de los grandes se revolvían con greda para hacer los ídolos domésticos. En Honduras se han encontrado restos de huesos quemados, guardados en urnas (1).

En México varios de los antiguos pueblos cremaban los muertos; algunos como los otomies y chichemecas, comúnmente; los tarascos, los acolhuas, los aztecas, y los toltecas en el último período de su grandeza lo empleaban sólo para los personajes de importancia.

En la región de los mounds encontramos que la incineración total o parcial del cadáver era frecuente; pero no existen noticias sobre los verdaderos motivos que originaban la costumbre. La primera noticia que tenemos de la práctica es la Relación de Castañeda de la Expedición de Coronado a Cibola. En la segunda parte, en que trata de los ritos y costumbres de los pueblos por donde pasó la expedición, y en su tercer capítulo que lleva por título «Capítulo tercero de lo que es chichilticale y el despoblado de çibola sus costumbres y ritos y de otras cosas», dice: «queman los muertos echan con ellos en el fuego los instrumentos que tienen para usar sus officios» (2)

Mota Padilla describe una cremación fúnebre presenciada por los soldados de Coronado: «en una ocasion vieron los españoles, que habiendo muerto un indio, armaron una gran-

---

(1) Mexican Archaeology, ob. cit. p. 275-277.

(2) Relación de la Jornada de Cibola compuesta por Pedro de Castañeda de Naçera. Donde se trata de todos aquellos poblados y ritos, la qual fué el año de 1540.

Tomo IX de la collection de Voyages, traducidos y publicados por Henry Ternaux-Compans.

Esta relación fué copiada de un manuscrito existente en la Biblioteca Lennox de Nueva York. Fué nuevamente publicada en el español original y

de balsa o luminaria de leña sobre que pusieron el cuerpo cubierto con una manta, y luego todos los del pueblo, hombres y mujeres, fueron poniendo sobre la cama de leña, piñole, calabazas, frijoles, atole, maiz tostado, y lo demas que usaban comer, y dieron fuego por todas partes, de suerte que en breve todo se convirtió en cenizas con el cuerpo» (1).

Cushing hablando de las excavaciones efectuadas en «Los Muertos» en Sud Arizona, dice: «En los túmulos pirales que se encuentran al lado afuera de las habitaciones comunales, cada entierro consistía de una vasija, grande o pequeña, según la edad del individuo, destinada a recibir las cenizas, junto con los restos de otros objetos de menor tamaño y de valor que habían formado parte de las posesiones de los muertos y sacrificados juntos con ellos en la cremación. Encima de cada una de estas vasijas se había colocado una fuente o pedazo de olla (a que se había dado una forma redonda por medio de golpecitos), firmemente cimentado a la urna por una mezcla de barro» (2).

Los hopis, moquis, zuñis y demás indios pueblos acostumbraban incinerar los muertos al tiempo de los primeros misioneros españoles; pero ahora inhuman todos los cadáveres.

Varios de los pueblos de California tenían la misma cos-

---

con una traducción al inglés en el XIV annual Report of the Bureau of Ethnology, publicado por la Smithsonian Institution of Washington en 1896. Tomo I.

El manuscrito que existe en Nueva York no es el original de Castañeda, sino una copia hecha a fines del siglo XVI.

Parece haberse perdido el original

(1) MOTA PADILLA, MATÍAS DE LA. Historia de la Conquista de la Provincia de la Nueva Galicia, escrita en 1742, México 1870. Cap. XXXII p. 160.

(2) CUSHING, FRANK HAMILTON. Preliminary notes on the origin working hypothesis and primary researches of the Hemenway Southwestern Archaeological Expedition.

Congrés International des Americanistes. 7<sup>me</sup> sesion 1888. pp. 151-194. Berlin 1890.

tumbre y los palaihni hans conservaban la costumbre hasta mediados del siglo XIX cuando quedaban muy pocos individuos de la tribu. Los wailaki que ocupaban la misma zona quemaban sus guerreros, caídos en batalla.

En Missouri, donde Fowke hizo exploraciones de los mounds para el Instituto Arqueológico de los Estados Unidos, se encontraron numerosos restos carbonizados o incinerados, aun de párvulos.

Es curioso notar, que en estos mounds no siempre eran carbonizados todos los huesos de un cadáver. A veces eran el cráneo y algunos de los huesos de los miembros que se habían quemado, en otras ocasiones el cráneo se encontraba entero y la parte inferior del cuerpo completamente incinerada. Raras veces todos los huesos o restos hallados en un maounds habían sufrido los efectos del fuego; con frecuencia se encontraban algunos esqueletos enteros, revueltos con los fragmentos carbonizados de otros. En algunos casos los cuerpos se habían quemado dentro de la bóveda cubierta por el mound, pero otros se habían incinerado entera o parcialmente antes de colocarlos dentro de la sepultura.

En un caso se había hecho una pequeña excavación en el piso de la bóveda, en el cual se habían colocado los cadáveres o sus osamentas. Seis de estos se habían cremado y los demás estaban intactos. A veces los restos incinerados formaban montoncitos, cada individuo en lote aparte.

En otra ocasión se hallaron pruebas de una costumbre que hemos mencionado en otra parte, la de cubrir el cadáver con una gruesa capa de barro o greda antes de quemarlo; quedando trozos de tierra cocida en forma de molde revuelto con las cenizas.

Los resultados de la exploración demostraron que mientras era muy común la incineración, no era esta el único modo de disponer de los muertos, encontrándose numerosos restos que sólo habían sido sepultados (1).

(1) *Antiquities of Central & South Eastern Missouri*. ob. cit.

Thomas halló huesos carbonizados en un mound en Illinois.

Dorman (1) y Wilson (2) mantienen que entre las tribus del norte de los Estados Unidos, la cremación era la manera usual de disponer de los muertos; pero parece que esta es una opinión exagerada, porque a pesar de encontrar sus vestigios a menudo, son más comunes los restos inhumados. Cyrus Thomas llega hasta el extremo de considerar dudosa la costumbre y trata de explicar la presencia de cenizas y huesos carbonizados por otras razones. El principal de éstas se refiere a la costumbre de quemar los prisioneros tomados en la guerra, despedazándolos a veces antes de quemar los despojos (3). Aun cuando esto pueda haber sucedido, no consideramos que es suficiente para explicar los numerosos restos carbonizados, encontrados en algunas regiones, ni tampoco acuerda con todos los hechos observados.

No podemos entrar a examinar detalladamente si o no muchos de los casos citados por los diferentes exploradores se deben a causas intencionales; lo único que nos importa por el momento, es que fuere cual fuere la causa, se han encontrado en los diferentes mounds de la región, innumerables restos parcial o totalmente incinerados, y estos casos son demasiado frecuentes a nuestro modo de ver, para considerarlos todos como casuales; sobre todo cuando hallamos la costumbre repartida entre algunas tribus de los algonquines. El Padre Sebastián Rasles, en una carta fechada en 1723, relata una leyenda de los ottawas, en que estos indios explican la costumbre de quemar los muertos por las instrucciones dejadas por uno de sus antepasados, representado como fundador de ciertos clanes. Este ordenó que sus des-

---

(1) DORMANN, RUSHTON M. *The Origin of Primitive superstitions and their development.* p. 171. Philadelphia, 1881.

(2) WILSON, DANIEL. *Prehistoric Man.* 2 vols. Vol II, p. 211. Tercera edición. London, 1876.

(3) Report on the Mound Explorations, ob. cit. pp. 675-677.

cendientes quemasen los muertos y esparciesen las cenizas a los cuatro vientos. Les amenazó que, en el caso de no cumplir con su advertencia, la nieve cubriría continuamente la tierra y los ríos permanecerían escarchados (1).

Los takullis, indios de estirpe atapasca, que habitan la Colombia Británica, adoptaron la costumbre de quemar los muertos, de las tribus de la costa del Pacífico, dentro de las cuales era muy común. Hemos mencionado antes una curiosa costumbre observada entre este pueblo.

Al morir un hombre, incineraban el cadáver, colocándolo, bien envuelto en pieles, sobre una pira o montón de leña. La viuda debía acostarse al lado del cadáver de su marido, encima de la pira, hasta que las llamas alcanzaban su propio cuerpo; lo que parece ser vestigio de la costumbre de quemar a las viudas, juntas con el cuerpo del difunto. Una vez consumada la cremación, la viuda recogía las cenizas y las llevaba consigo en un canasto, durante los tres años que tenía que servir a los parientes del muerto. Sólo después de este tiempo recobraba su libertad y podía volverse a casar (2).

Los tlingits de alaska generalmente quemaban sus muertos; y daban como motivo, que si no lo hicieran, el ánima pasaría tiritando de frío en la morada de los espíritus. Antes de colocar el cadáver en la pira, lo daban vuelta cuatro veces en la dirección que toma el sol en su viaje diurno, dejándolo, finalmente, con la cabeza hacia el oriente. Esto se hacía para que su ánima pudiera nacer de nuevo. Si lo dejaban con la cabeza hacia el poniente, creían que el ánima no podría volver (3).

---

(1) Lettres édifiantes et curieuses concernant l'Asie, l'Afrique et l'Amérique. Publiées sous la direction de M. Louis Aimé Martin. Tomo IV, 106, 1819.

(2) MACKENZIE, ALEXANDER. Voyages from Montreal on the river St. Lawrence, through the continent of North America, to the Frozen and Pacific Oceans: in the years 1789 and 1793. p. 284. London, 1801.

(3) Social condition, etc. of the Tlingit Indians. ob. cit., p. 430.



Los primeros viajeros que visitaron estos indios dicen que separaban la cabeza o cráneo del cuerpo antes de quemar éste, y la guardaban en una caja ornamentada, que colocaban encima de o cerca de otra mayor que contenía las cenizas del cadáver incinerado.

Otra tribu vecina, los kutchines o vuntakutchines, también incineraban los muertos, especialmente a las personas de importancia. Las cenizas y huesos carbonizados se colocaban en una caja de madera, la que se suspendía de un árbol. Los individuos que ejecutaban la ceremonia no comían carne por un año después, porque creían que al hacerlo morirían luego. Estos indios imaginaban que cuando fallecía un individuo, su espíritu entraba en una mujer, causando el embarazo y que nacía de nuevo.

Al otro extremo del continente, entre los fueguinos, encontramos también existente la costumbre de quemar el cadáver, no como regla general, sino incidentalmente.

Bridges (1) y Coazzi (2), ambos nos aseguran, que en ocasiones, tanto los yahganes como los alacalufes, la practicaban; especialmente si la muerte acaecía durante un viaje, o lejos de sus sepuleros ancestrales. Esto se hacía para que no se profanasen por los enemigos que desenterraban los restos sepultados para hacer de los huesos puntas de harpones, o de flechas, etc. Cuando incineraban los restos, esparcían las cenizas por los aires.

Al este de la cordillera de los Andes, sólo tenemos noticias de la cremación del cadáver, entre algunas tribus de Venezuela y del Amazonas. Parece que en el Brasil, en el Chaco y en las Pampas, nunca se practicaba; ni aun en las ocasiones de las grandes epidemias. En Chile, tampoco hemos

---

(1) BRIDGES, REVD THOMAS. Los Fueguinos. Conferencia dada en Buenos Aires el 18 de agosto de 1886 y publicado en el Ferrocarril de Santiago el 4 de septiembre del mismo año.

(2) Los Indios del archipiélago fueguino. ob. cit. Parte II, p. 37.

encontrado indicio de la costumbre, con la sola excepción que hemos citado de los fueguinos.

Como se ha dicho, casi todas las naciones de América acostumbra inhumar sus muertos, en una u otra forma y algunas, como acabamos de ver, recurren en casos especiales a la cremación como ceremonia anterior. Pero existen algunas tribus que emplean otros métodos para disponer de los cadáveres, algunos provisorios y otros definitivos.

Ciertas tribus iroquesas envuelven sus difuntos en frazadas, pieles y corteza de árboles y las cuelgan en las ramas de un árbol en un bosque cercano a sus habitaciones, en espera de la Fiesta de los Muertos que tenía lugar en cada generación, es decir, una vez en cada treinta años.

En otras partes, colocaban el cadáver en el tronco hueco de un árbol como entre algunas tribus de los dénés.

Pero la práctica más común era la de ciertas tribus de las praderas de colocar el muerto en una ramada alta o catafalco, cubierto por una canoa, envuelto en una cobertura de corteza de árboles, en pieles o frazadas, o bien encerrado en un ataúd.

En Sud-América también se ha encontrado esta costumbre en varias partes, principalmente entre las tribus de las pampas. Existía antiguamente en Chile, donde todavía se encuentran vestigios de ella.

Entre los huarpes, según Aguiar, este sistema también se practicaba, en ocasión. «Cuando la desgracia azotaba algún hogar, arrebatando a algunos de sus miembros, el amor filial encontraba, según época y lugar, otras maneras de conservar esos caros restos, envolviendo el cuerpo en largas tiras de tela, purificada y perfumada la huesa con yerbas olorosas y balsámicas o *depositándolo sobre caballetes de estacas*, cubiertos los cuerpos de follaje o de esteras tejidas de juncos coloreados» (1).

---

(1) Los Huarpes, ob. cit., p. 291.

---

Reclús, dice que los chibchas a veces «exponían los cadáveres al sol para que éste los secase, en catafalcos contruídos en torno de los templos» (1); pero esto era simplemente preparativo a su entierro en sepulturas de piedra.

Otras maneras de disponer de los muertos también se han practicado; pero solo ocasionalmente, como hemos demostrado en otro capítulo, y aún entre las tribus que las han adoptado, la inhumación ha sido siempre el modo más empleado.

---

(1) *Geographie de la Colombie*, ob. cit.

---



## COSTUMBRES MORTUORIAS ENTRE LOS INDIOS DE CHILE

Diversidad de culturas y costumbres mortuorias.—Ignorancia respecto de una gran parte del país.—Las tribus costinas y los conchales.—Los changos.—Túmulos en la región de la costa.—Sepulturas en forma de pozos y fosas.—Los atacameños.—Punta Pichalo y Pisagua.—Tacna y Arica.—Chulpas en Arica.—Antofagasta.—La región atacameña.—La zona central.—La Araucanía.—Conchales.—Sepultura en cistas.—El *pilluay*.—Entierro con llanto.—Antropofagia entre los araucanos.—Otras costumbres bárbaras.—El cadáver se sahuma.—El *huampu* o ataúd araucano.—Modo de fabricarlo.—Maneras de señalar la sepultura.—Un entierro presenciado por el autor.—Creencias de los araucanos.—Los *pillis* o ánimas.—Los *machis* o médicos.—Tormentos aplicados a los condenados por brujerías.—Los huilliches, poco conocidos.

Al hablar de Chile, nos referimos a todo el territorio actualmente bajo el dominio de la República, desde Tacna y Arica, hasta Tierra del Fuego. En esta dilatada faja de terreno, larga y angosta, encerrada entre la cordillera y el mar y que abarca más de 38 grados de latitud, o sea más de 4,000 kilómetros, se encuentran indios de las más variadas estirpes, que en tiempos pasados eran más numerosos y más variados aún. No es extraño, pues, que un estudio de sus costumbres

demuestra una diversidad bien grande, según la época y la localidad bajo observación.

Si es verdad que en el suelo chileno no se han encontrado vestigios de una notable civilización como la del Perú o de México, sin embargo han habido naciones como los atacameños y los diaguitas que tenían una cultura bastante desarrollada. Por otra parte, han existido tribus costinas que se pueden colocar entre las más salvajes y atrasadas de la tierra, como los chonos, poyas y fueguinos. Otras como los araucanos, los changos, etc., se encuentran o se encontraban entre medio de estos dos estados culturales y, sin ser propiamente salvajes, no habían todavía salido de la condición de bárbaros.

Sus costumbres mortuorias eran tan diversas como sus orígenes, y hay muy pocas entre todas las que hemos descrito, que no se practicaban en alguna época o en algún lugar de la República.

La inhumación en alguna de sus formas parece haber sido la manera casi universal de disponer de los muertos; pero en algunos casos encontramos entierros secundarios sin saber siempre cuál fué el sistema provisorio empleado. Las clases de sepulturas son bastante variadas: encontramos la sepultación simple, directamente en la tierra; en cavernas, en sepulcros pircados, en cistas, en bóvedas, bajo cairns y túmulos, en urnas, canastos y ataúdes de madera, y finalmente hallamos los cadáveres expuestos en catafalcos o ramadas.

De los ritos relacionados con las ceremonias fúnebres, muy poco sabemos. La región del norte ha sido siempre un libro cerrado en este respecto. Ninguno de los cronistas la incluye en sus relaciones y los viajeros modernos nos dan muy escasas noticias sobre sus pobladores, y lo poco que se puede desprender de su cultura se debe en su mayor parte a las escasas exploraciones que se han efectuado en los últimos años. Del centro del país, menos aún se sabe. Desgraciadamente, ni el Gobierno ni las autoridades del Museo Nacional se han preocupado del estudio de la prehistoria del país, y los pocos

datos que se han podido reunir se deben a la iniciativa particular. Nos es grato dejar constancia que hay una pequeña reacción en este sentido y la fundación de un Museo Arqueológico en Santiago, bajo la dirección de un hombre tan competente y empeñoso como el Profesor Uhle inaugura un nuevo período para las ciencias arqueológicas en Chile, que esperamos será duradero.

De los araucanos, gracias a su valor que los sostuvo por más de tres siglos frente a un enemigo que no los podía dominar, sabemos mucho más. La historia de la conquista y de la colonia se compone en su mayor parte de las constantes guerras que mantenían con los españoles en defensa de su libertad e independencia. Debido a esto, los cronistas todos se preocuparon en dar buenas o malas descripciones de la vida y costumbres de una raza que daba tanto que hacer a los ejércitos del rey y negaba correr la suerte de los demás indígenas del país, quienes desaparecieron rápidamente bajo el yugo del extranjero.

Pueblo viril, que todavía existe en número muy considerable, después de desafiar la lucha de siglos, ha conservado casi intactas muchas de sus antiguas costumbres; y comparando las relaciones de los cronistas con los estudios etnográficos más recientes, se puede formar un cuadro aproximado de su sociología, modo de pensar y costumbres.

De las tribus huilliches apenas sabemos sus nombres, y detalles sobre su cultura o modo de vivir se han perdido para siempre, sepultados en los bosques impenetrables que cubren los lugares donde antiguamente habitaban.

Algo más sabemos de los fueguinos, debido principalmente a los esfuerzos de los misioneros que se han sacrificado en aquellas soledades, y a las diferentes expediciones que han hecho estudios en las regiones más meridionales del continente.

De lo expuesto, se ve que con excepción de los araucanos las noticias respecto de las demás razas o pueblos que han

poblado el territorio chileno se deben más bien a datos aislados, imperfectos y sin coordinación.

Los más antiguos restos son los hallados en diferentes partes de la costa, y nos enseñan que desde tiempos inmemoriales el litoral ha sido ocupado por tribus de pescadores, las que al mismo tiempo se dedicaban a la caza. Sepultaban sus muertos en la vecindad de sus habitaciones y a menudo en los montones de conchas y desperdicios de cocina, sobre las cuales se levantaban sus chozas. Los enterraban tendidos de largo, generalmente de espaldas, en fosas que varían entre medio metro y dos metros de profundidad. La costumbre de sepultar los muertos en posición tendida fué muy generalizada en las costas chilenas y ha llamado la atención de muchos americanistas, por ser contraria a la de sepultarlos en posición sentado o replegado, tan común entre la mayor parte de los pueblos de América. Sin embargo, ocurre que en algunas partes de Chile se encuentran cadáveres sepultados sentados o encogidos. Tal era la costumbre entre los atacameños y se ha encontrado, en ciertas sepulturas de la costa más al sur, como también en la región andina. En algunas partes las sepulturas son incaicas y pertenecen sin duda a la época de esa dominación; pero otras son de diferentes pueblos, sin que sea posible en todo caso saber a cuál ascribirlas.

Los entierros en los kjökkenmöddinger o conchales de la costa no son todos contemporáneos, ni pertenecen todos al mismo estado de cultura; pero todos concuerdan en la posición tendida del cadáver. No sabemos de qué manera estos antiguos pueblos solían fajar o envolver los muertos; pero probablemente lo hacían así como lo han hecho sus congéneres por el mundo entero, en pieles o cueros de animales o de aves. Algunas veces se halla algún vestigio de tal envoltura y los restos de cueros de foca y de aves marinas que se han encontrado ocasionalmente en proximidad de los restos humanos parecen indicar que este modo ha sido el empleado en general.

La mayor parte de las sepulturas de los changos se hallan en estas condiciones. Así han sido las encontradas en Coquimbo, Totoralillo, Caldera, Paposo y Taltal. Más al norte se encuentran en las tumbas del mismo pueblo, restos de telas de lana y tejidos de junco y esparto; pero es indudable que éstos se deben a sus contactos con el pueblo más culto de los atacameños, por la identidad de los artefactos hallados con los de este último pueblo.

D'Orbigny dice que en el año 1830 se descubrió en Cobija, durante las excavaciones que hizo hacer, un gran número de restos indios a tres o cuatro pies de profundidad. Parecían ser de mucha antigüedad. Eran sepultados según sexo, y vestidos. Todavía conservaban el cabello. Eran todos tendidos de largo, costumbre que, según observa, no era general en las razas de América (1). Desgraciadamente no indica de qué manera estaban envueltos.

Por toda la costa, en las caletas más abrigadas, como Quinteros, Cartagena, Pichilemu, Llico, Vichuquén, Penco, Puchoco, Tirúa, etc., etc., se han encontrado conchales; pero no han dado mayor luz sobre la manera de sepultar los muertos, empleada por los antiguos pobladores.

Además del pueblo o pueblos de los conchales, hallamos otros en la costa. Al parecer llegaron con posterioridad; pero su llegada no debe haber estorbado a sus vecinos más antiguos, porque durante una larga época los hallamos contemporáneos. Finalmente, desaparecieron sin dejar más rastros que sus sepulturas, quedando no obstante los primeros pobladores sin haber cambiado su modo de vivir, y sin haber avanzado gran cosa en su cultura.

Este segundo pueblo sepultaba sus muertos en túmulos cónicos, con pircados o cámaras interiores, sentados en cuclillas, envueltos en tejidos a semejanza de las momias peruanas. Sepulturas de esta clase se han encontrado en Tongoy,

---

(1) D'ORBIGNY, ALCIDES. *L'Homme Americain*. París, 1835.



Punta de Teatinos, Bahía Inglés, al sur de Caldera, Obispito, Mejillones y en Cobija.

«Durante el invierno de 1875, don Prudencio Valderrama descubrió algunos antiguos túmulos de indios pescadores en la Punta de Teatinos, al norte del puerto de Coquimbo, en el departamento de este nombre. Estos túmulos formados, como casi todos los que se hallan en el resto de Chile, de tierra y piedras, cuando no han sido desgastados por la lluvia o el arado, tienen la forma de un cono, y su altura dos metros a lo más, correspondía probablemente a la calidad de la persona a que se destinaban» (1). Don Luis Montt, que escribió estos datos y dió un detalle de los objetos hallados en la tumba, desgraciadamente no dice una palabra respecto de los restos humanos hallados en dichos túmulos, de modo que sólo se puede adivinar el modo de su entierro.

Por fortuna, podemos formar una idea por analogía. Hace algunos años vimos abrir una sepultura semejante en Tongoy. Los restos del cadáver (huesos carcomidos) que había sido con toda seguridad colocado en posición encogida, estaban envueltos exteriormente en una tela de lana burda, que parecía tejida de cordeles gruesos. Esta cobertura encerraba otra más delgada, sin ser fina, más o menos de la textura de los ponchos que usa la gente del campo hoy por hoy. Ambos géneros eran de color café obscuro, casi negro. Algunos trozos de un tejido angosto parecía indicar que el atado fúnebre había sido fajado, pero sobre este punto no se pudo estar seguro.

También tuvimos oportunidad de examinar unos pedazos de tela parecida, que estaban en posesión de un señor Arenas, comerciante de antigüedades, que residía en Coquimbo y que había extraído de una ancuvña (sepultura) que halló cerca de la playa, en la bahía de Herradura, al Sur del puerto de Coquimbo.

---

(1) MONTT, LUIS. Antigüedades chilenas. Revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago. Primera y única entrega. Santiago. 1880. p. 5.

La colección del doctor Holz, de Concepción, contenía telas semejantes, procedentes de Obispito, incluía numerosos otros objetos, casi del todo iguales a los hallados en la Punta Teatinos y que tuvimos oportunidad de estudiar cuando formaban parte de la espléndida colección de antigüedades chilenas que había logrado reunir el señor Luis Montt (1).

Más al Norte desaparecen los túmulos, y las sepulturas asumen la forma de fosas o pozos. Algunas de ellas son pir-cadas interiormente y otras no.

Muchas de ellas pertenecen indudablemente a los atacameños y otras probablemente a los changos que habían sido influenciados por la proximidad de una cultura superior a la de ellos.

En una memoria sobre la fauna, flora, geología, etc., de la quebrada de Camarones y el puerto de Iquique el señor Guillermo Acevedo, cirujano del navío de guerra *Presidente Pinto*, habla de las grandes sepultaciones de cadáveres que se encuentran en varios puntos de la costa y de preferencia en la orilla Sur de la quebrada de Camarones y en una extensión bastante considerable en las faldas de los cerros que bordean la marina.

Dice que los cadáveres estaban momificados, envueltos en tela de lana, cubiertos de estera de totora y asegurados con ligaduras del mismo material.

Estaban sepultados con sus armas que consistían de arco, flechas con punta de cuarzo triangular, un saquillo de harina de maíz, un cesto con útiles de tocador, peinetas, ganchos, grandes collares y pulseras formadas de vértebras de peces.

Un cadáver estaba envuelto en pieles de ave de plumaje

---

(1) Esta magnífica colección fué vendida últimamente por la viuda del señor Montt y llevada a la Argentina, pues a pesar de sus empeños no pudo hallar ni gobierno ni particulares que se interesaran en conservarla para el país.

muy vistoso. Los tejidos de lana eran de colores brillantes, verde, rojo, amarillo y café (1).

D'Orbigny, hablando de los atacameños, dice que habitan las costas y valles. Son pescadores y agricultores. Sus tumbas son subterráneas, semejantes a las de los quichuas. Entierran sus muertos en postura sentada.

Las sepulturas se componen de fosas verticales, forradas de pircados de piedra seca. Entierran con los muertos alfarería, cestos, armas, etc., y cubren las sepulturas con ramas y piedras (2).

En Punta Pichalo, cerca de Pisagua se ha encontrado enorme número de restos humanos, sobre todo en la parte Sur y Poniente de la Punta y ántes del estrechamiento, que forma el último promontorio que se interna en el mar.

A muy poca profundidad, a menos de un metro se principia a encontrar los cadáveres momificados. Los restos se encuentran deseminados en gran número por la superficie del suelo, dejados allí por los buscadores de tesoro i de antigüedades.

En esta parte el barranco baja abruptamente al mar, sobre el cual se alza unos veinte metros. Los cadáveres se encuentran en capas superpuestas, encontrándose a veces tres, cuatro o más capas, una encima de otra.

La mayoría de los cuerpos están estirados en sentido horizontal, con la cabeza hacia el Oriente. El sexo se distingue fácilmente a primera vista, porque los hombres siempre tienen los brazos extendidos juntos al tronco y las mujeres llevan las manos cruzadas sobre el pubis.

Los cadáveres están en su mayor parte envueltos en fajas de un género de lana burda y generalmente enrollados además con ponchos gruesos.

---

(1) ACEVEDO. GUILLERMO. Memoria sobre la flora, fauna, geología y observaciones médicas entre la quebrada de Camarones y el puerto de Iquique. Archivos del Ministerio de Marina.

(2) L'Homme Americain, ob. cit.

Algunos llevan una especie de turbante de totora tejida o trenzada, otros tienen la cabeza envuelta en un paño.

Además de estas momias, se encuentran otras, sepultadas en posición encogida, como las de los atacameños, y son probablemente de ese pueblo. Estas son casi siempre mejor acondicionadas, y se encuentran a su contorno mayor número de objetos y de mejor clase, que con los otros. Entre las fajas que envuelven el cuerpo y las coberturas exteriores se encuentra con frecuencia una substancia calcárea, probablemente colocada allí como preservativo. A estas momias se les han sacado las vísceras y a menudo se ha rellenado la cavidad abdominal con paños tejidos.

También, algunas de ellas llevan grandes turbantes de entorchados de lana.

Estos entierros o cementerios no sólo se encuentran en el punto indicado sino que se extienden por la orilla de la costa hasta el mismo pueblo de Pisagua y muchos son los restos que se han descubierto en las excavaciones efectuadas dentro de su perímetro. En todo este trayecto se encuentran cadáveres enterrados en las dos posiciones que hemos descrito; pero en la parte alta, tras del pueblo, no se encuentran más que cadáveres acostados de espaldas horizontalmente. Esto también sucede en la planicie que se encuentra entre Punta Pichalo y Pisagua, como a medio kilómetro de este último lugar y donde los entierros son especialmente numerosos. Casi todas las momias están cubiertas de tejidos de lana; pero en algunos casos, y esas parecen ser las más antiguas, los tejidos son reemplazados por esteras de totora y por cueros de lobo.

En esta parte se han encontrado cadáveres de niños pintados de rojo y otros colores, con la cavidad abdominal rellena de estas mismas tierras ocosas.

El profesor Uhle hizo excavaciones en Punta Pichalo y constató la existencia allí de cuatro períodos, tres de los cuales serían pre-incaicos. La diferencia de cultura en cada pe-

ríodo queda completamente comprobada. Esperamos en breve la publicación de los resultados de sus estudios.

Entretanto nuestros propios conocimientos de la zona y de los restos que se encuentran allí nos convencen que han vivido en contacto dos pueblos diversos, contemporáneos, uno de los cuales ha sido con toda probabilidad el atacameño.

En la vecindad de Tacna y Arica encontramos los mismos dos sistemas de entierro, el uno con el cadáver tendido de espaldas y el otro con el cuerpo encogido como las momias peruanas.

Sin embargo, la mayor parte de las sepulturas en la vecindad de Tacna, sólo contienen cadáveres enterrados en postura sentada. Casi todas estas sepulturas tienen la forma de pozos, algunas pircadas interiormente; pero en general cavadas simplemente en el suelo. En algunas ocasiones se encuentran dos o más cadáveres en el mismo pozo. En estos casos asume la forma de una bota, con una excavación lateral en el fondo donde se coloca uno de los cuerpos. Según Canales se puede conocer los sitios de las sepulturas por ciertas señales muy conocidas: 1.º una depresión circular en el suelo; 2.º cenizas que aparecen cubriendo la sepultura apenas se principia a remover la tierra; y 3.º porque casi siempre a poca profundidad se encuentra una gran piedra o laja que sirve de tapa al cadáver (1).

Este mismo autor describe un cementerio de niños que encontró en la vecindad de la ciudad de Tacna.

«Cosa curiosa. En ese cementerio se abren dos, cuatro, diez o más sepulcros, todos iguales en construcción y contenido: son niños chicos los que hay enterrados allí. Ese sitio lo bautizamos con el nombre de *cementerio de guaguas*.

Los párvulos están en sepulturas hechas de piedra.

Cuatro pequeñas lajas cuadrilongas enterradas vertical-

---

(1) Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico, ob. cit., p. 279.

mente, dejan un espacio cuadrado de 60 centímetros de hondura y 40 de ancho; en ese nicho, cubierto por un poco de tierra, está guardado un cadáver. Los cuerpos se hallan envueltos en una tela gruesa de lana o algodón, y no pocos están metidos en una alforja perfectamente conservada, ni más ni menos que los usados hoy por los indios que venden yerbas en todas las ciudades de América. Y todavía más, este envoltorio se ha guardado en una red de sogas hecha de totora o batro con mallas como las redes de los pescadores» (1).

En las cercanías de Arica se encuentran sepulturas de distintas clases. Algunos pocos cadáveres se hallan sepultados directamente en las playas en posición estirada. Pero los sepulcros que más abundan son los que tienen forma de pozo circado de piedras. En algunos de ellos se han encontrado los restos de las cañas con que formaban las bóvedas o techos de las sepulturas.

Los cuerpos están sentados, a veces momificados o desecados; pero con frecuencia no queda más que el esqueleto. Son envueltos en mantas de algodón o de lana.

Otras sepulturas se hallan que hacen recordar las *chulpas* bolivianas. Son construídas sobre la superficie del suelo con adobes, en forma cilíndrica, y cubiertas con un techo abovedado que las hace parecer hornos. El cadáver se encerraba allí en posición sentado, vistiendo sus mejores trajes y rodeado por el ajuar funebre colocado por sus deudos (2).

Sepulturas de tipo atacameño se hallaron en las islas del Alacrán y Santa María al norte de Antofagasta. Muchos de los objetos extraídos de estas sepulturas pasaron a formar parte de la colección de antigüedades del Dr. Otto Aichel quien los llevó a Europa.

En la Chimba, pequeña caleta que forma parte de la bahía de Antofagasta, Sénéchal de la Grange excavó algunas antiguas sepulturas que se han considerado como de changos.

---

(1) Los cementerios indígenas en la costa del Pacífico, ob. cit., p. 279.

(2) El corregimiento de Arica, ob. cit.

Estaban enterrados los cadáveres en posición tendida como los de Pisagua; «cosidos en pieles de foca». Estaban sepultados en la arena que cubre el barranco, a una profundidad de 1 metro a 1 mt. 50 y a una altura de más o menos 25 metros sobre el mar (1). Los objetos encontrados juntos con los cadáveres eran semejantes a los que nosotros hemos hallado en las sepulturas de los changos en varios puntos de la costa hasta Caldera.

Sénéchal de la Grange también efectuó excavaciones en Calama, Chuquicamata y Chiuchiu y en todas partes halló las sepulturas de tipo atacameño y los describe así: «Buen número de los cadáveres se encuentran en la posición en que habían sido enterrados; sus vestimientos y ajuar fúnebre conservados. Estaban todos más o menos momificados. En una parte del terreno excavado el suelo parece haber sufrido movimientos, los esqueletos y objetos habían sido desplazados y rotos por la presión de la tierra.

Cuando los cadáveres no han sido movidos, se puede observar que han sido enterrados con las piernas redobladas y sujetas sobre el pecho, los brazos igualmente colocados sobre el pecho eran a veces cruzados; la cabeza inclinada. Los cadáveres bien conservados estaban vestidos de mantas o túnicas sin mangas.

Todos tenían suspendidos del cuello y colgando sobre el pecho o la espalda, pequeñas bolsas de lana, rayadas o con dibujos multicolores en el tejido. El conjunto estaba envuelto en una manta de tela grosera y solidamente amarrado con cordeles de lana de llama. El paquete así formado y que a veces contenía otros objetos de pequeñas dimensiones entre las envolturas, se colocaba verticalmente en la tumba, cabeza arriba». (2)

---

(1) Antiquités de la région Andine. ob. cit. Tomo II p. 764.5.

(2) CRÉQUI MONTFORT, G. DE ET SÉNÉCHAL DE LA GRANGE E. Rapport sur une mission scientifique en Amérique du Sud. Nouvelles archives des Missions scientifiques; Tomo XII. p. 81 y sig. Paris 1914.

Años más tarde (1912) el Profesor Uhle pudo hacer nuevas excavaciones en el mismo cementerio de Calama donde antes había explorado Sénéchal de la Grange. Así describe este enterratorio: «El último, en Chunchuri, tiene la extensión de más o menos 600 metros cuadrados, en que, según un cálculo aproximado, se habrán enterrado más o menos 2,500 cadáveres. Por la revolución continua de los entierros más antiguos no hay casi ninguno independiente o intacto. Todo el suelo, hasta la hondura de 1,40 metros, forma una mezcla infinita de tierra, cráneos, otros huesos y numerosos objetos, testimonio de la civilización de diferentes épocas, difíciles de separar para la reconstrucción de la historia antigua. Las excavaciones recientes en que se excavaron sólo unos 55 metros cuadrados con un resultado de más de 1,100 objetos antiguos y más de 200 cráneos y momias (1).

Es evidente que en Calama, como en Pisagua y Arica existían cementerios ancestrales, donde se sepultaban los muertos generación tras generación en un espacio reducido, que finalmente llegaban a formar verdaderos osarios, quedando revueltos los restos de las diferentes generaciones de una manera inextricable.

En Quillagua sobre los márgenes del río Loa, el Dr. Vergara Flores halló sepulturas del tipo atacameño, pero los referió, por falta de mayores conocimientos, a los indios aimaras.

En Tocopilla hallamos varios sepulcros o entierros de changos todos con los cuerpos estirados, tipo, que con pocas excepciones es el que predomina en las costas al sur de Tarapacá.

En la región sub-andina de las provincias de Atacama y Coquimbo, se han hallado sepulturas parecidas a las de los valles calchaquies, y en tres o cuatro casos, urnas de greda

---

1) UHLE MAX. Los indios atacameños. Revista Chilena de Historia y Geografía. Año III. Tomo V, número 9. Primer trimestre. Santiago 1913, pp. 105 y siguientes.



que contenían restos humanos. Tres de estas que hemos examinado personalmente, se hallaron respectivamente en San Félix, Vallenar y Paihuano y las reproducimos con sus colores naturales en un trabajo que tenemos listo para la prensa y que versa sobre Alfarería Chilena.

Más al sur, en la parte central del país; excepción hecha a la costa; el modo de sepultar a los muertos parece haber sido bajo túmulos. Hemos citado en otra parte los hallados por el Dr. Fonck cerca de Putaendo.

La misma clase de sepultura se ha encontrado en Quilpué, en Quillota y en los alrededores de Santiago, como también en Angostura de Paine y San Francisco de Mostazal.

En la región central; pero en la costa, cerca de Llo-Lleo y del puerto de San Antonio, el Dr. Oyarzún halló sepulturas en urnas, de que ya hemos dado cuenta; y en la misma zona se encontraron los entierros descritos por Medina como sigue: «Hemos descubierto una vez, en una huaca en la provincia de Curicó, dentro de la vasija figurando bajo el número 208 resto de roedores... y lo que es mucho más raro también dentro de un cántaro el cráneo de un feto». En la explicación de las láminas que forma el atlas de la obra agrega. «Núm. 208, vasija que contenía los huesos de un niño y varias semillas; extraída de una sepultura de la Patagüilla, provincia de Curicó». También dice: «En la hacienda de La Compañía se han encontrado también dentro de una olla que contenía unas chaquiras, los huesos de un niño» (1).

Sin embargo en toda la zona central, hasta el Bío-Bío sólo se han encontrado unas pocas sepulturas aisladas. Parece que los trabajos agrícolas han borrado todos sus rastros y sólo la casualidad descubre unos restos parciales que generalmente son mirados con indiferencia por las personas que los descubren.

Pasando a la Araucanía nuestros conocimientos son mayo-

---

(1) Aborígenes de Chile, ob. cit. p. 266.

res, debido al hecho que los indios de esta región todavía existen y han sido observados por muchos escritores desde los primeros cronistas.

Aquí como en la zona del norte, los más antiguos vestigios se hallan en la costa, en los conchales de Puchoco, Laraquete, Puerto Yáñez, Quidico, Tirúa, Chile y otros puntos del litoral de las provincias de Arauco y Cautín.

En ellos se encuentran numerosos objetos de piedra tallada y pulimentada; pero los restos humanos solo se hallan fragmentados y todo parece indicar que existía la costumbre de enterrar los muertos en posición estirada. Posteriores a los conchales más antiguos; pero contemporáneas con algunas de ellas son las sepulturas en cistas encontradas en Tirúa e Imperial. Las dimensiones de éstas y los restos hallados en algunas de ellas indican que era general la sepultura del cadáver tendido, aun cuando en algunos casos, las descritas por el padre Amberga, pueden haber servido solo para niños, o bien para entierros secundarios.

Algunas de las piezas de alfarería, halladas en las cistas, o en su vecindad inmediata, nos indican que estas sepulturas pertenecían a aquel pueblo que fué más tarde desalojado por los actuales araucanos o mapuches; porque más al sur, en la región de los cuncos, frente a Osorno y hasta el Canal de Chacao y Golfo de Reloncaví, encontramos la misma clase de objetos y alfarería, que faltan por completo en las sepulturas mapuches. En San Juan de la Costa, entre Osorno y el mar según me informó el Sr. Federico Philippi, se encontraron numerosas sepulturas algunas de las cuales eran formadas de piedras, pero no supo decir si estas eran colocadas a manera de cista.

De todos modos, como hemos alegado en otra ocasión (1), las probabilidades están a favor de que el pueblo más culto que encontraron los mapuches en la región ocupada por ellos

---

(1) LATCHAM R. E. Los elementos indígenas de la raza chilena. Revista Chilena de Historia y Geografía. Tomo IV. 1912. p. 12 y siguientes.

entre el Bío-Bío y el Calle-Calle, se retiró al sur del río Bueno, donde sus descendientes fueron encontrados por los españoles a tiempo de la conquista.

Otros vestigios funerarios, anteriores a la llegada de los mapuches y que probablemente se deben a la misma raza antigua que hemos mencionado, se hallan en las urnas mortuorias halladas en la región; porque tal costumbre era completamente contraria a la empleada por las tribus araucanas, para disponer de sus muertos, y por otra parte, no hay motivo ninguno para creer que antes de la conquista española, los mapuches hayan conocido la industria de la alfarería.

No es este el lugar para entrar a discutir el origen de los mapuches o araucanos; pero hay toda probabilidad que era una raza intrusa en la región donde la halló los españoles, y que era oriunda de las pampas argentinas del norte del Río Negro.

De todos modos, los pocos restos auténticos de ellos a que se puede atribuir alguna antigüedad, indica que su estado de cultura era bajo. No se hallan en sus sepulturas ni alfarería, ni indicio de tejidos, ambos de los cuales son comunes en las sepulturas post españolas.

Es probable que una de las causas de la escasez de sus restos primitivos se debe al hecho de exponer sus muertos en catafalcos o ramadas, como lo hacían igualmente otras tribus de las pampas. Posiblemente darían sepultura a los huesos una vez desaparecida la carne; pero de esto sólo podemos formar conjeturas.

Por la existencia en el idioma de la palabra *pilluay* (catafalco), empleada por los indios puelches para indicar el alto armazón de ramas, sobre el cual exponían sus muertos, y el significado que tuvo de *andas* para llevar el muerto, nos hace creer que probablemente los araucanos, a su llegada a Chile, también tenían la costumbre de exponer sus muertos, a lo menos mientras duraba la descomposición de la carne, enterrando los huesos talvez posteriormente.

Molina nos relata lo siguiente: «Luego que uno ha muer-

to sus parientes y amigos, sentados sobre la desnuda tierra, al rededor del cadáver, lloran por un gran rato, y después lo exponen vestido de su mejor ropa, *sobre un alto ataud, que llaman pilluay*: así lo tienen toda la noche, la cual pasan parte llorando, y parte comiendo y bebiendo en compañía de aquellos que han venido para consolarlos. Esta junta se llama *curicahuin*, esto es, el convite negro, porque este color es también entre ellos símbolo de luto.

El día siguiente, y talvez el segundo, o el tercero después de la muerte, llevan el cadáver procesionalmente al *eltun*, o sea al cementerio de la familia, que por lo común es situado en un bosque, o sobre una colina.

Dos jóvenes a caballo, corriendo a rienda suelta, proceden al acompañamiento. Los parientes principales llevan el ataud, el cual es rodeado de muchas mujeres que lloran al difunto a modo de las plañideras de los Romanos. Otra mujer, entre tanto, va esparciendo en el camino, detrás del féretro, rescoldo, para que el alma no pueda volver más a la casa.

Llegados al lugar de la sepultura, ponen el cadáver sobre la superficie de la tierra, ocupando la circunferencia, según el sexo, o sus armas, o los instrumentos mujeriles, con gran cantidad de víveres y de vasos llenos de chicha, o de vino, que según su opinión, deben servirle para su tránsito a la eternidad. Entre ellos hay algunos que matan también un caballo y lo entierran en la misma sepultura. Hecho esto se despiden con mucho llanto del muerto, anunciándole un feliz viaje, y después lo vuelven a cubrir de tierra y de piedras en forma piramidal, sobre la cual derraman chicha en abundancia. Es inútil referir la gran semejanza que se encuentra entre estos ritos funerales y los que se practicaban por los antiguos pueblos del viejo continente (1).

(1) MOLINA, EL ABATE DON JUAN IGNACIO. Compendio de la Historia civil del Reino de Chile. Escrita en italiano y traducida al español y aumentada con varias notas por don Nicolás de la Cruz y Bahamonde. Tomo II. págs. 90-91.—Madrid 1795.

Es por demás interesante esta descripción porque nos enseña muchas cosas respecto de las costumbres fúnebres y modo de pensar de los araucanos a fines del siglo XVIII y al mismo tiempo nos deja entrever su posible derivación.

En primer lugar, aprendemos que en aquella época e nombre *pilluay*, todavía se aplicaba a una especie de catafalco alto en que se exponía el cadáver, por pocos días es verdad; pero es probable que antes que se acostumbraba encerrar el difunto en un ataúd, el período que duraba la exposición fuera mucho más largo.

Luego nos enseña que los araucanos, al igual de tantos otros pueblos de América, tenían las costumbre de enterrar los muertos con llanto.

Los araucanos tenían cementerios ancestrales o de familia que servían para toda la agrupación, generalmente pequeña y de todos parientes cercanos.

La narración de Molina nos muestra que los araucanos también creían que el ánima rondaba el lugar de su muerte hasta después del entierro, lo que queda de manifiesto, por los cuidados que tomaban para impedir su vuelta a la habitación, derramando rescoldo que le quemaría los pies si tratara de volver por el camino por donde seguía el cortejo, único que pudo conocer o traficar.

También deja ver que temían que los espíritus malignos pudieran posesionarse del cuerpo, entrando en él, que sería una gran desgracia; por lo consiguiente tomaban medidas para ahuyentarlos.

Deja de manifiesto la costumbre de enterrar los muertos bajo cairns o túmulos, frecuentemente sin hacer excavaciones.

Entre los otros escritores de la colonia que mencionan el *pilluay*, encontramos a Febres, quien en su «Arte de la lengua general del Reino de Chile», lo escribe *pilluay* y da como significado, andas en que llevan los muertos a enterrar; y Carvallo Goyeneche quien escribe *pilguai*, una gran caja hecha de tablas gruesas en que entierran los muertos.

Es probable que este último autor haya confundido el ataúd, pues se llama *huampu*, con el anda (pilluay) en que lo llevaban, porque hasta el día de hoy los mapuches emplean los mismos dos términos para expresar los respectivos aparatos.

Gómez de Vidaurre da una relación de los ritos fúnebres de los araucanos que es idéntica con la de Molina (1), por eso no la reproducimos «*in extensa*». Pero, hablando del *pilluay* en vez de llamarlo alto ataud dice: «lo colocan (el muerto) sobre un túmulo alto que llaman *pilluay* y según el sexo le ponen o sus armas o instrumentos femeniles con alguna cosa de comer; en este estado queda ocho o tal vez veinte días hasta que se juntan todos los parientes» (2).

Agrega Vidaurre un dato que ningún otro cronista registra y que recuerda una costumbre común, como hemos visto, entre los indios del Chaco. Dice: «y algunos de la tribu de los *Poyas* para denotar la grandeza de su sentimiento, se cortan un dedo, lo cubren (el muerto) de tierra y piedras, disponiendo todo en forma de pirámide». Es la única noticia de mutilaciones, en señal de duelo, que conocemos respecto de los indios de Chile.

(1) Tan idénticas son estas dos relaciones que es evidente que una u otra fué copiada casi al pie de la letra. Las frases y los términos son iguales y cuando más se ha cambiado una que otra palabra para emplear un sinónimo. Es difícil saber cual de los dos autores ha plagiado al otro de esta manera; porque si es verdad que la obra de Molina vió la luz en 1787 en Bolonia y la de Vidaurre en 1789, queda una publicación anterior anónima, titulada «*Compendio della storia geografica, naturale, e civile del Reyno del Chile*. Bologna MDCCLXXVI 8.<sup>a</sup> que ha sido variamente atribuido a ambos autores, pero que por el lenguaje y estilo parece ser de Vidaurre. Por otra parte, en la nota final de su prefacio Vidaurre, anuncia que ya ha salido a luz en italiano los dos ensayos apreciables del señor don Juan Ignacio Molina, de los cuales valiéndome, yo confío dar a esta mi obra, todo aquel carácter, que me había propuesto, y a que no había podido llegar».

(2) GÓMEZ DE VIDAURRE, FELIPE. *Historia Geográfica, Natural y Civil del Reyno de Chile*. Historiadores de Chile. Tomo XIV, p. 321. Santiago, 1889.

Como Molina, dice que colocaban el cadáver sobre la tierra, cubriéndolo después con un túmulo de piedras y tierra. Habla del llanto y de la reunión de parientes, que llama *caricahuin*, en casi las mismas palabras de Molina.

Más de un siglo antes, el jesuíta Padre Alonso de Ovalle, había llamado la atención hacia el entierro con llanto practicado por los araucanos y también menciona que la manera de hacer sus entierros era de amontonar sobre el cadáver piedras y tierra en forma de túmulo.

«Quando buelven dela guerra, y se hechan de menos los que quedaron muertos en ella, no es dezible la confusion de llantos, y alaridos que levantan al cielo las mugeres y hijos, y de mas deudos delos difuntos; y aunque está passion es comun en todas las naciones, y tan propia de la naturaleza humana, que por ser tan sociable, siente la falta de los suyos, que le hazian compañía, y mas quando interuiene la dependencia de la sangre, que es fundamento de el amor; pero en las Indias sobresalen mas las demonstraciones de su sentimiento, porque no lloran al difunto en silencio, sino cantando a voz en cuello, de manera que aquien las oye de lexos prouocan mas a risa que a compassion: es muy notable el modo de llorar a sus difuntos; rodean el muerto luego que espira, la muger, las hijas y parientes, y comenzando a entonar la primera, la siguen las otras, y aun mesmo tono, se van remedando, baxando la vna al, *vi*, quando sube la otra al, *La*; y desta manera prosiguen muchissimo tiempo, de manera que primero se secan y acaban las lágrimas, que cessen de aquel su funesto y triste canto, la cual costumbre conseruan hasta oy los ya christianos, pero no la de abrir el cuerpo para saber el mal que murió, ponerle en la sepultura, comida, chicha, vestidos, y algunas preseas, a montonar sobre la sepultura muchas piedras a modo de piramides, o otras ceremonias de que vsan los gentiles» (1).

(1) OVALLE ALONSO DE. *Historica Relacion del Reyno de Chile*. Roma, 1646. Libro III, cap. V. p. 98.

El padre Ovalle no nos habla del *pilluay*; pero Usauro Martínez dice que el cadáver se colocaba entre dos maderos y se colgaba en la casa frente al fuego (1).

Quien nos da noticias más seguras sobre la costumbre de exponer los muertos en catafalcos, no provisoriamente, sino como disposición final, a la manera que acostumbraban las tribus de las pampas, es González de Nájera. Nos cuenta que: «Los enterramientos de los caciques son algo levantados de tierra, porque ponen sus cuerpos entre dos grandes artesones cerrados, hueco con hueco, y encajado entre dos árboles juntos, o sobre fuertes horcones, y este es el fin de sus vidas y paraderos de sus cuerpos» (2).

Esto, escrito en 1614, no deja duda que en aquellos tiempos todavía se practicaba esta costumbre, aun cuando al saber de nuestro autor, sólo en los casos de los caciques. Es probable sin embargo, que en épocas anteriores era más generalizada.

Para la gente común «sus entierros son debajo y encima de la tierra, donde aun confirman lo mucho que aman su deber; pues se entierran con un cántaro grande u otra vasija lleno de sus vinos, puesto a la cabecera y un jarrillo pequeño encima dél con que piensan que han de beber en muerte como lo hacían en vida» (3).

Núñez de Pineda habla de colocar el muerto en unas andas, enramadas con hojas de laurel y canelo, y evidentemente refiere al mismo aparato que en años posteriores servía para llevar el muerto a su sepulcro.

Pero aun en la actualidad los araucanos no han perdido la costumbre de exponer el muerto, aunque sea provisoriamente. Hace pocos años hemos visto el cadáver de un cacique

---

(1) Martínez Usauro. La verdad en campaña.

(2) GONZÁLEZ DE NÁJERA ALONSO. Desengaño y Reparó de la Guerra del Reyno de Chile. Historiadores de Chile. Tomo XVI. Relación III. Cap. IV, p. 50. Santiago 1889.

(3) id. id. p. 49.



que, suspendido de un árbol, en una especie de jaula de cañas. Se había encendido un fuego de leña verde, debajo para desecar y ahumarlo, como más adelante se dirá. El día del entierro se bajó el cadáver y lo colocaban sobre el *pilluay*, construido de horcones plantados en el suelo y que sobresalían un metro más o menos. Atravesados en estos horcones habían palos redondos que sujetaban un cuero de buey o de vaca. Este catafalco estaba adornado de ramas y hojas de laurel y canelo (1).

Guevara pasa en revista las costumbres antiguas y modernas de los araucanos. Dice respecto de los preparativos para el entierro: «Colgados del techo de la habitación hay constantemente unas zarandas de colihues (chusquea quila) que denominan *llangi*. Se baja una, se tiende en ella al difunto envuelto en pieles o en un colchón; se rodea de provisiones, como carne, harina, manzanas y *mudai* (licor); se le echa encima sus piezas de vestir. Por último se suspende y se amarra a las vigas, más o menos cerca del fuego. Algunas familias colocan el muerto fuera de la casa, en una enramada especial. Este aparato fúnebre se llama en las reducciones del norte *pilluhai* y en las del sur *pillai* (2).

Dice este mismo autor que no se hallan rastros por ahora entre los araucanos de que entrase para la realización del rito final de esperar que la descomposición cadavérica se verificara, como ha sucedido en otros pueblos no civilizados (3) pero como lo hemos demostrado es probable que esa costumbre haya imperado en otros tiempos.

En un libro publicado hace pocos años encontramos unos datos interesantes respecto de la costumbre que describi-

---

(1) LATCHAM R. E. Ethnology of the Araucanos. Journal of the Royal Anthropological Institute of Gt. Britain & Ireland. Tomo XXXIX 1909, p. 367.

(2) Psicología del pueblo araucano. ob. cit. p. 263.

(3) Psicología del pueblo araucano. ob. cit. p. 266.

mos (1). El Padre Franciscano, Luis Mansilla, quien recorrió durante los años 1898 a 1904 todas las reducciones mapuches de la frontera, escribe:

«Terminada la vida del hechizado, seguía el velorio, que era lo más ridículo e indecente que pudiera darse en sociedad humana. Jamás sepultaban el cadáver de un (apo-ghúlmen) cacique principal o persona que era de alguna categoría entre ellos, sino después de algunos meses, que a veces se convertían en seis; cadáver que conservaban como el mejor *charqui*, sobre un catrado de varillas de *quila* atadas con *boque*, a que daban el nombre de *pillgai*, o zaranda para secar quesos. Puesto el cadáver en la zaranda lo colgaban sobre el fuego donde hacían su comida diaria, el que permanecía allí todos los días que se empleaban para construir el ataud o sea horadar un gran trozo de *pellín* que fuera capaz de contener el cadáver con todos los enseres que se dirán más adelante.

Durante el espacio de tiempo en que se fabricaba aquella canoa, que nunca estaba terminada antes de ocho o diez días, el cadáver estaba secándose al humo, de lo cual resultaba una descomposición capaz de infestar una ciudad entera.

Concluido que era el ataud de enormes dimensiones, construido en la misma montaña donde escogían el *pellín*, lo llevaban a la casa del difunto arrastrado con bueyes, y colocándolo en un costado de la casa, depositaban en él el cadáver envuelto en un cuero de animal vacuno o caballar y allí lo dejaban todo el tiempo que era necesario para que se reunieran los parientes, vecinos y amigos de todas las tribus circunvecinas y lugares de lejanas regiones que hubieran tenido noticias del fallecimiento de aquel rico de la tribu (apoghúlmen).

En todo el tiempo del velorio se comía y bebía a expensa

---

(1) Las Misiones Franciscanas de la Araucanía, por el padre Luis Mansilla. Prefecto de Misiones. Angol, 1904

de los bienes del finado, hasta concluir si fuera posible con el último cordero que le perteneciera.

Era natural que un cadáver conservado de esta suerte sin un preservativo que impidiera la descomposición, exhalara un hedor pestífero que se percibía desde muy lejos

Concluía el velorio (*monetun*) cuando los bienes del difunto se acababan (1).

Varios otros usos, también tuvieron en la antigüedad, relacionados en la muerte y la disposición de los cadáveres. Por ejemplo, la antropofagia o canibalismo está bien probado entre ellos, cuando se trataba de prisioneros de guerra, a pesar de que algunos de sus apologistas han tratado de poner en duda este vicio.

Los casos conocidos son demasiados y los testigos tan numerosos que es inútil tratar de glosar el hecho. Todos los primeros cronistas citan casos y no es de suponer que estos sean los únicos. Sus crueldades y costumbres que se encontraban entre ellos a la llegada de los españoles son las mismas que hallamos por toda la América entre pueblos de más o menos el mismo estado de barbarie y aún entre otros más civilizados, como por ejemplo, los aztecas.

---

(1) Cap. IV.

(Continuará).

---